



Volum 12 Compl

CUARTO CENTENARIO


del fallecimiento de la Reina Doña Isabel I.

26 de Noviembre de 1504.

26 de Noviembre de 1904.

“...y acabó sus días la excelentísima Reina Doña Isabel... en la villa de Medina del Campo, á veinte e seis dias del mes de Noviembre, año del Señor de mill e quinientos e quatro años, entre las once e doce del dia, mas cerca de las doce horas.”

(ANÓNIMO. — *M. S. procedente de la Biblioteca del Duque de Osuna.*)

Número Extraordinario. 

Universitat Autònoma de Barcelona

Servei de Biblioteques

Biblioteca d'Humanitats

Sala de Revistes

BOLETIN
DE LA
SOCIEDAD ESPAÑOLA DE EXCURSIONES



SOCIEDAD

ESPAÑOLA
DE
EXCURSIONES

BOLETIN

TOMO XII

ENERO A DICIEMBRE DE 1904

MADRID

Imprenta: Pasaje de la Alhambra, 1.





Fototipia de Hauser y Menet. Madrid

IGLESIA DE SAN PEDRO DE LAS DUEÑAS

BOLETÍN

DE LA

SOCIEDAD ESPAÑOLA DE EXCURSIONES

AÑO XII

Madrid. — ENERO de 1904.

NUM. 131.

FOTOTIPIAS

VISTAS DE LA IGLESIA DE SAN PEDRO DE LAS DUEÑAS

Forman parte de las ilustraciones del artículo del Sr. Lampérez.

RELIEVES DEL MUSEO DEL PRADO (DOS LÁMINAS)

Se les estudia en el trabajo "El modernismo clásico," de D. Narciso Sentenach.

ANTIGUA PLAZA FUERTE DE MEDINA DEL CAMPO

Véase la Memoria de D. Adolfo Fernández Casanova.

SECCION DE BELLAS ARTES

NOTAS SOBRE ALGUNOS MONUMENTOS DE LA ARQUITECTURA CRISTIANA ESPAÑOLA

VII. — LA IGLESIA DE SAN PEDRO DE LAS DUEÑAS (LEÓN)

A seis kilómetros de Sahagún, junto á la carretera de Mayorga, hay un pueblo cuyo nombre indica desde luego un feudo eclesiástico: San Pedro de las Dueñas. Es, en efecto, producto de la agregación de viviendas alrededor de un convento de señoras nobles. (*Señoras de Dominabus.*) Prestóle éste al pueblo, en un principio, su calor y su protección y más tarde su propia iglesia.

Lo que sabemos de la historia del monasterio nos lo cuenta el P. Escalona (1).

(1) *Historia del Real Monasterio de Sahagún, sacada de la que dejó escrita el Padre M. Fr. Joseph Perez...*, por el P. M. Fr. Romualdo Escalona, monge de Sahagún. — Madrid, MDCCCLXXXII.

En el año 973 una señora llamada doña Salomona y su hermana, vendieron á Ansur, mayordomo del Rey D. Ramiro III, y á su mujer Ildura, la población de Villa-Pedro, y edificaron un monasterio. Al morir Ansur en 976, donó al de Sahagún sus hijos y sus bienes, quedando desde entonces sujeto á su dependencia y siguiéndole en muchas de sus vicisitudes (1).

Comenzaba el siglo XII cuando diversos monasterios de monjas de la comarca (San Pedro de los Molinos, San Pedro de

(1) Contra lo sustentado por el P. Escalona sobre la existencia de Villa-Pedro, está la tradición que afirma que el pueblo es posterior al convento y se formó á su sombra.

Araduey, etc., etc.) se unieron al de Villa-Pedro, constituyéndose un seminario de doncellas nobles y una casa monacal poblada por grandes señoras, por cuyo motivo comenzó á llamarse *de las Dueñas*. Fué su primera abadesa, después de esta transformación, D.^{na} Urraca Fernández (1109). Con ella, y bajo el prelado de D. Diego I, abad de San Benito de Sahagún, entra el monasterio de San Pedro de las Dueñas en su período de apogeo.

El epitafio de aquel abad, muerto en 1110, contenía esta importantísima declaración:

.....
monasterium Sancti Petri de Dominabus construxit, et Moniales ibidem instituit.

Tomando la palabra *construxit* en su más estricta acepción, tendremos como fecha de la erección de las más antiguas fábricas conservadas hoy en San Pedro de las Dueñas, la de 1109-1110, puesto que en la primera comienza con doña Urraca la importancia del monasterio, y en la segunda muere el abad D. Diego. El análisis de la iglesia de San Pedro de las Dueñas confirma ese supuesto.

Quien hoy visite la fundación de Ansur encontrará una eterogénea masa de edificios de ladrillo (1), sobre cuyos tejados se eleva una torre del mismo material. A primera vista, el monasterio es totalmente insignificante; sólo la torre indica, por su evidente parentesco con las de Sahagún (San Tirso, San Lorenzo), que allí se conserva un monumento interesante: la iglesia (2).

Penetrando en ella por una puerta que da á un *compás* ó patio, se ve una singu-

(1) Algunos de ellos deben ver la obra que el P. Ascondo hizo en el Monasterio en el siglo XVIII, según dice Ceán Bermúdez

(2) Se conserva también, á lo que parece, la sala capitular, de estilo románico y de gran belleza. Los rigores de la clausura me privaron verla y estudiarla.

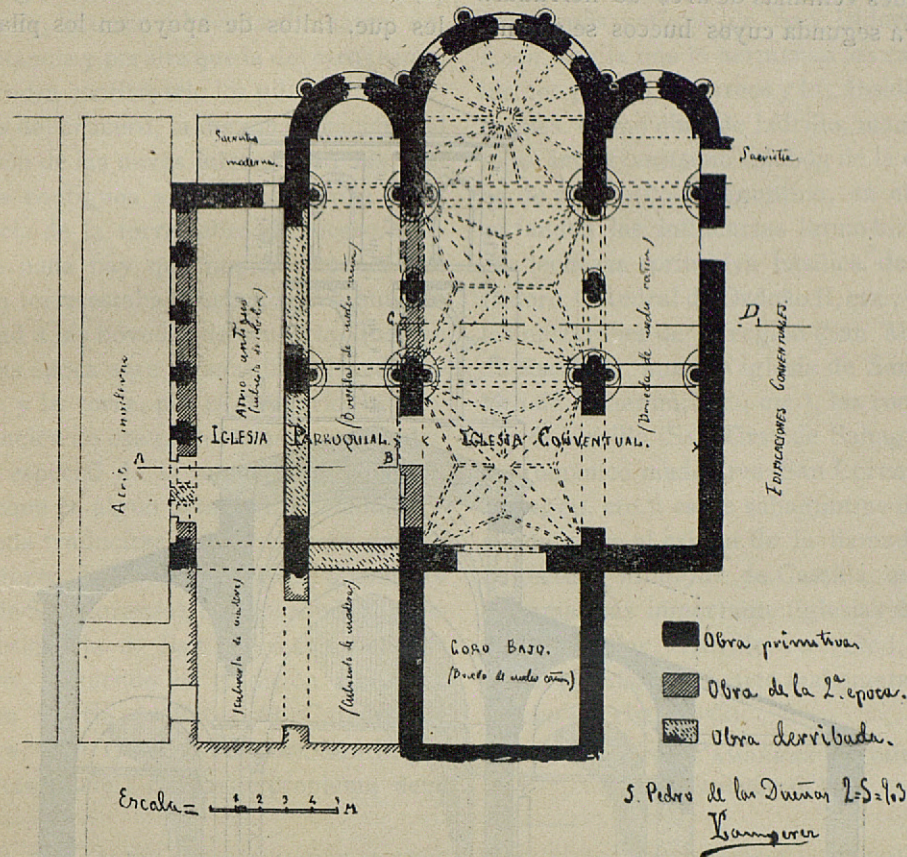
lar disposición: dos naves, separadas por bajos y anchísimos arcos. La mayor, embovedada con cañón de medio punto, tiene en su cabecera un ábside semicircular; la menor, techada de madera, termina en un muro plano. Tiene aquélla arcos fajones sobre columnas, con hermosísimos capiteles románicos, de valiente y robustísima escultura; el muro que la limita por el lado derecho es de arquerías ciegas sobrepuestas y se termina por una fuerte y sencilla moldura, de donde arranca la bóveda. La impresión que produce esta iglesia es por demás extraña, pues no es explicable ni tan singular disposición (dos naves) ni tal disparidad en la estructura (bóveda y techo de madera, columnas y pilares). Evidentemente hay allí algo más de lo que á primera vista aparece.

En efecto; al otro lado del muro que por el lado derecho limita la iglesia descrita, hay otra. También se compone de dos naves, terminadas por sendos ábsides semicirculares. Pilares de núcleo prismático con columnas adosadas, gran banco circular, basas clásicas con *grifos*, capiteles románicos de monstruos y hojas con grandísimo relieve y ábaco ajedrezado; tales son los elementos sustentantes. Los sostenidos son: dobles arcos de medio punto (sin molduras) en los formeros y apuntados en los transversales de la nave mayor; bóvedas de crucería en ésta, de cañón seguido en la menor y de horno en los ábsides. La impresión total es de grandiosidad, pero también aquí algo inarmónica.

Mas á poco que se estudien ambas iglesias, viénesse en conocimiento de que se completan. Son partes de un todo, y la reconstitución de éste no es difícil. Trátase de la iglesia monacal de San Pedro de las Dueñas, de estilo románico, con tres naves y tres ábsides, sin crucero (en planta) y con dos tramos en el sentido longitudinal; á los pies tiene el coro; delante de la fachada lateral, de la izquierda, donde estaba la entrada del público,

había un atrio. En época incierta (puede conjeturarse que en los comienzos del siglo XVI) (1), deseando las monjas tener iglesia independiente, segregaron de la monacal una de las naves bajas para hacer la parroquial; pero resultando ésta pequeña, se le adicionó el atrio, poniendo

dos (2). El plano adjunto manifiesta claramente la forma primitiva de la iglesia conventual y las modificaciones sucesivas, hasta llegar á su presente estado. Analizados quedan los caracteres del interesante monumento; pero merece éste mayor examen.



Iglesia de San Pedro de las Dueñas.—Planta.

éste y aquella nave en comunicación por los enormes y toscos arcos arriba cita-

Uno exterior, de los ábsides, muestra una construcción de piedra, con los ele-

(1) Los libros más antiguos que conserva el archivo parroquial son de 1546; en ellos se alude ya á la *iglesia parroquial de San Benito*. En la designación de sepulturas del siglo XVI aparecen citadas *las dos naves parroquiales*. Debo estos datos, así como otros varios importantes, al Sr. D. Juan Martínez Alfonso, ilustradísimo y celoso cura de San Pedro de las Dueñas, á cuya amabilidad rindo aquí testimonio de agradecimiento.

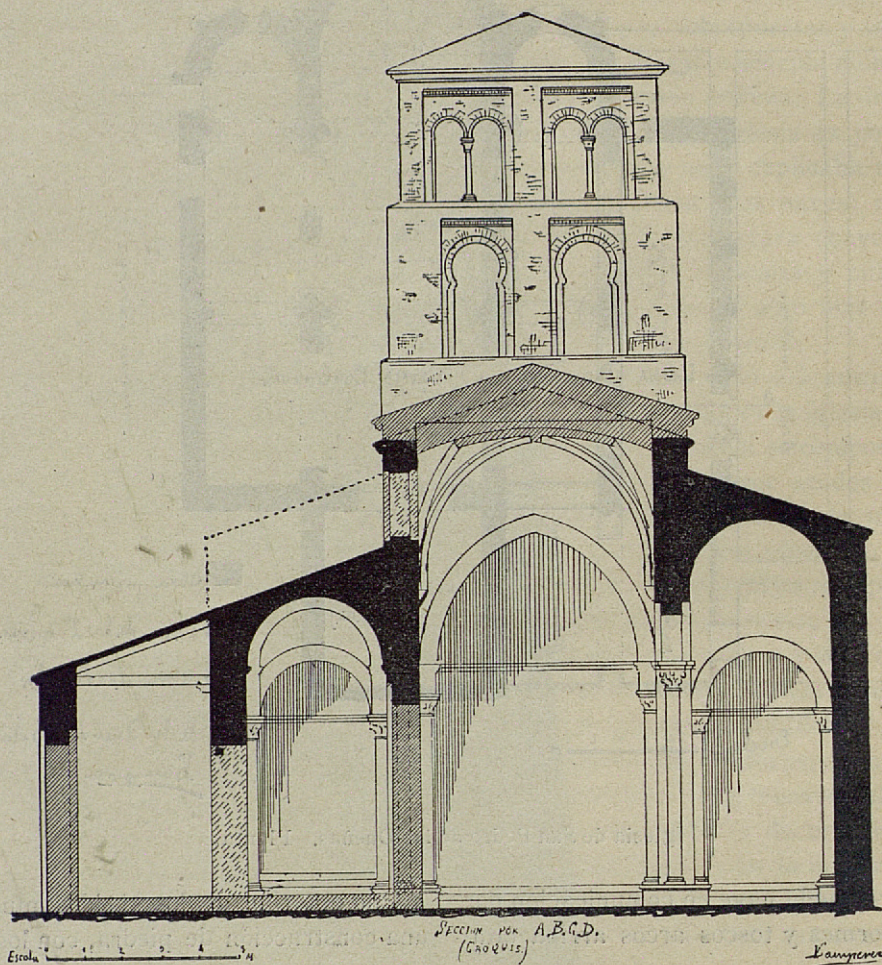
Alcanza éste igualmente á la Señora Abadesa, cuyo recibimiento fué cariñoso y efusivo.

(2) Personas eruditas y verdaderament

competentes han apreciado este monumento de distinto modo. Según su creencia (no expuesta más que como someras impresiones), tratábase de una primera iglesia (la parroquial) perteneciente al siglo X y al estilo mozárabe-leonés, del que son (según estas respetables opiniones) San Miguel de Escalada, San Tirso de Sahagún y alguna más de la comarca. A esta iglesia se había agregado posteriormente la conventual, románica. Como se ve, la iglesia de San Pedro de las Dueñas ofrece campo para investigaciones y análisis del mayor interés arqueológico. A ellas apporto mis modestas observaciones.

mentos típicos del estilo, pero al llegar al tejazoz, córtase bruscamente aquel material y se continúa con ladrillo en forma de arquillos. De igual materia es el atrio antiguo y la torre. Esta, que carga sobre el crucero, es cuadrada y piramidal; tiene una primera zona con grandes ventanas de arco de herradura y otra segunda cuyos huecos se ageme-

de los pilares, capiteles y bóvedas de las naves bajas son característicos de aquel estilo en su mayor pureza, pero esos mismos elementos no se compaginan con la bóveda de crucería de la nave central. Es esta una modificación de la primitiva y lo confirma (aunque el hecho es patente) el nacimiento de los nervios diagonales que, faltos de apoyo en los pilares



Iglesia de San Pedro de las Dueñas.—Sección transversal.

lan con columnillas de piedra. Acúsase al exterior la nave central, con un cuerpo de pilastras y dinteles de ladrillo, formando huecos ciegos, á escepción de dos, que dan luces á la nave central.

El examen del interior muestra una construcción de piedra del más hermoso estilo románico (1). Las formas y detalles

(1) Véanse las adjuntas fototipias.

primitivos, salen de unas ménsulas angulares, distintas en absoluto, por su fina labor, de los enérgicos capiteles románicos. Estas bóvedas son quizá del tiempo en que se hizo la separación de las dos iglesias, tendiendo á facilitar luces á la nave conventual, privada sin duda de ellas en su primitiva bóveda.

Fué ésta acaso otro cañón seguido,

contrarrestado en su empuje por los de las naves laterales; es decir, la estructura característica de las iglesias de estilo románico *poitevino* (San Martín de Frómista, San Pedro el Viejo de Huesca, San Pedro de Roda, etc., etc.).

Este supuesto no excluye el de que, sobre el tramo del crucero, se elevase una cúpula, linterna ó bóveda de mayor importancia y peralte que la del otro tramo. Parecen confirmarlo los pilares intermedios del crucero, la mayor elevación del cañón de las naves laterales en los tramos contiguos al crucero (1) y la existencia de la torre sobre el crucero. Porque nada hay que impida suponer que esta torre estaba construída con anterioridad á las bóvedas de crucería. Indican éstas época algo avanzada del arte ojival, y la torre, por el contrario, la prosecución de ese estilo románico de ladrillo, especial de la comarca de Sahagún, aunque en algún detalle (las columnillas) pueda traducirse más goticismo que en la torre de San Tirso. Esta, además (y la de San Lorenzo), cargan sobre el presbiterio, y la de San Pedro sobre el crucero, siguiendo la tradición románica (San Martín de Frómista, Catedral de Jaca, San Quirce (Burgos), Santillana, etcétera, etc.) Pero este problema debe

quedar también entre los que ofrece á los arqueólogos el monumento que aquí nos ocupa.

Resumamos. La iglesia de San Pedro de las Dueñas tiene una doble importancia. Como fábrica románica constituye un ejemplar magnífico en sí é interesantísimo por su evidente fraternidad con la parte más antigua de San Isidoro de León, con la que lo hermanan los capiteles, los pilares, los arcos y los ábsides laterales. Como obra de ladrillo, manifiesta un importantísimo eslabón de la cadena de este estilo sahaduntino, en el que se funden las influencias latino-bizantinas-leonesas (primitiva basilica de San Isidoro, Catedral de Ordoño II, etc., etc.), las mozárabes de la región (San Miguel de Escalada, antigua iglesia de San Benito de Sahagún, etc., etc.), las románicas de ladrillo (San Tirso de Sahagún) y las románicas mudejares (San Lorenzo de Sahagún, etc.): estilo sahaduntino donde puede verse el origen de la llamada arquitectura *mudejar* de Castilla, que en su rama más importante (iglesias de Olmedo, Cuéllar, Arévalo, etc., etc.), debe quizá poquísimo al arte mahometano y mucho al cristiano (2).

VICENTE LAMPÉREZ Y ROMEA,
Arquitecto.

(1) El de la hoy nave parroquial es de igual altura en sus dos tramos, pero en el primero debe ser una reconstitución. Este es uno de tantos problemas que ofrece la iglesia de San Pedro de las Dueñas.

(2) La iglesia de San Pedro de las Dueñas,

como tantos otros monumentos españoles, espera una mano piadosa que atienda á su conservación y la salve de una ruina que, no por ser todavía lejana, se ve menos cierta si continúa su actual estado, del que no basta á sacarlo el celo de la Comunidad y del señor cura.



EL CASTILLO DE LA MOTA

EN MEDINA DEL CAMPO

Conferencia dada en el Centro del Ejército y la Armada el día 4 de Marzo de 1903,
por Adolfo Fernández Casanova.

ÍNDICE

Introducción.

I —La plaza fuerte.—Descripción general.

A)—Épocas de erección.

II.—El castillo..

B)—Estudio técnico.

C)—Resumen.

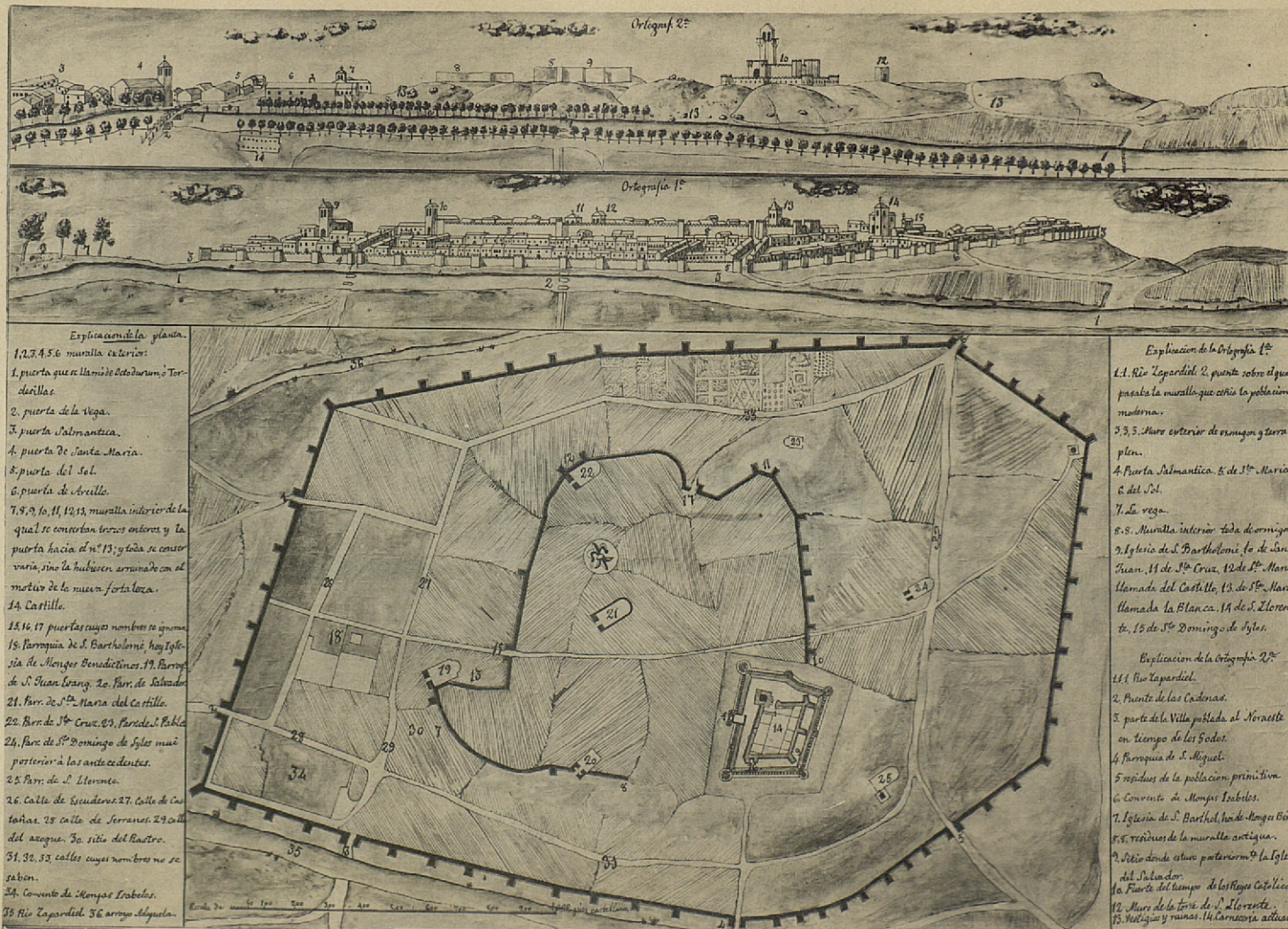
- 1.º Disposición y organismo.
- 2.º Resistencia poliiorcética.
- 3.º Expresión artística.
- 4.º Valor histórico.

INTRODUCCIÓN

Señores: Al recibir la galante invitación que, por conducto del digno Presidente de la Sociedad de Excursiones, os dignasteis hacerme, dudé en un principio si debía aceptar un cometido tan honroso, como superior á mis débiles fuerzas, y mucho más, tratándose de materias que, cual la arquitectura militar de la Edad Media, corresponden tan directamente á vuestro noble instituto; pero alentóme la idea de ver en vosotros los sucesores de los que fueron compañeros de armas de mi querido padre, y ante tal idea pensé, que al venir aquí, cuando ya las canas blanquean mi cabeza, volvía á los que fueron los lares de mi infancia, y tuve mayor ánimo de que habría de obtener doblemente la benevolencia que siempre os dignáis conceder, y que á mi no me faltaría seguramente, y ante estas consideraciones me atreví á molestar vuestra atención.

Faltábame elegir el tema de mi conferencia. Habiendo ya expuesto mis doctos consocios en las conferencias anteriores,

los rasgos característicos de la arquitectura militar de la Edad Media, debía yo elegir un punto concreto, y la circunstancia de hallarse ya próximo el cuarto centenario de la augusta Isabel I de Castilla, movióme á presentaros el estudio técnico del castillo de la Mota, por ella tan preferido, que juzgué había de ser muy grato á vuestra consideración y que desgraciadamente yace en el más completo abandono, á pesar de las elocuentes y sentidas quejas formuladas por ilustres escritores, cual el inmortal Balaguer, Cuadrado, Gil, el Marqués de la Solana y otros. De estas penosísimas impresiones participé yo también, cuando hace año y medio fui, por orden de la Academia de San Fernando, á visitar el castillo para informar al Gobierno acerca de su importancia. Como esta fortaleza constituía en su época parte de las fortificaciones de las murallas de la villa, creí conveniente daros antes una idea de lo que fué esta población, considerada como plaza fuerte.

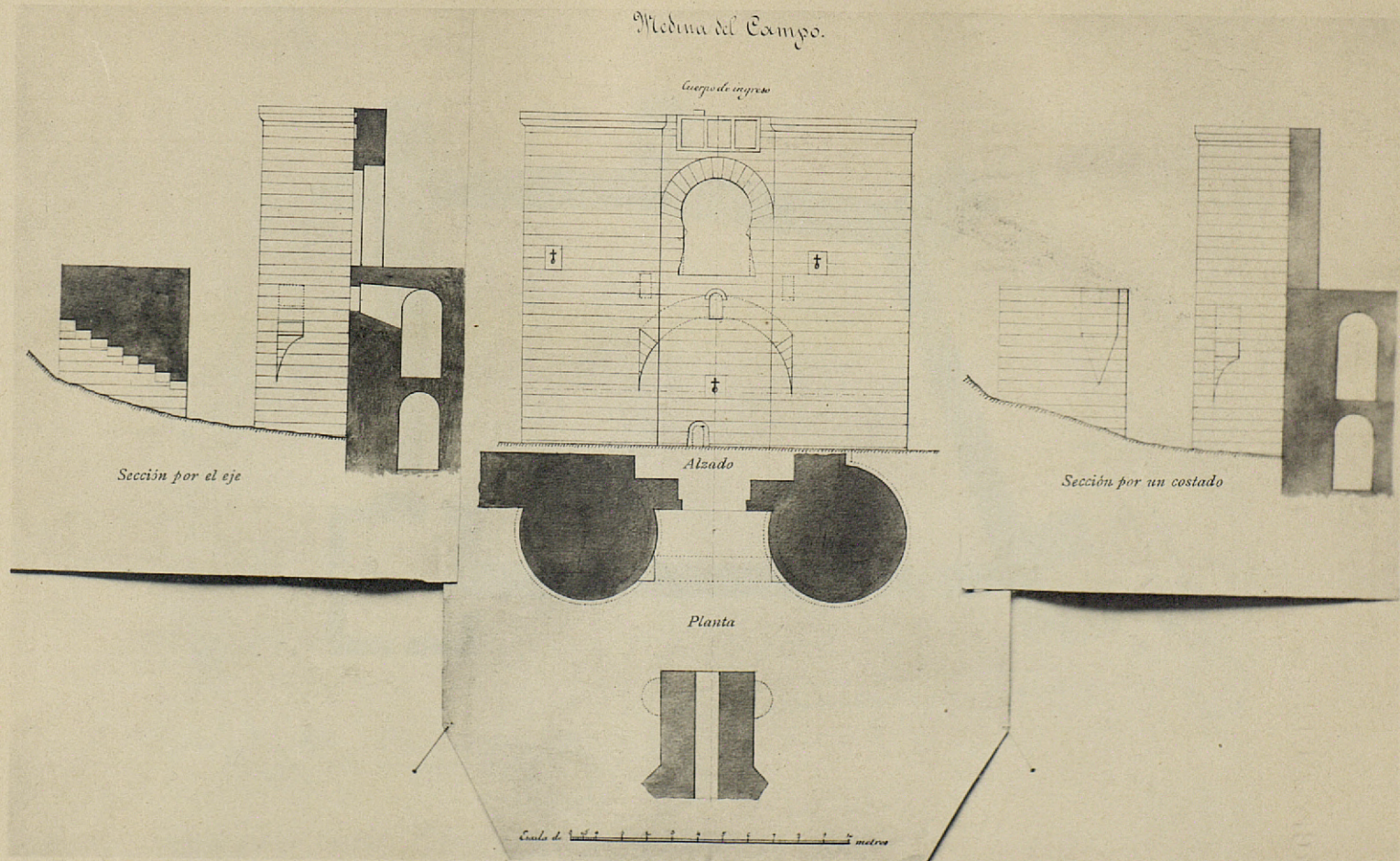


Explicacion de la plania.
 1, 2, 3, 4, 5, 6 muralla exterior
 1. puerta que se llama de Sotodurum o Torcedillas
 2. puerta de la Vega.
 3. puerta Salmantica.
 4. puerta de Santa Maria.
 5. puerta del Sol.
 6. puerta de Arceles.
 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, muralla interior de la qual se conservan torres exteriores y la puerta hacia el n.º 13; y toda se conserva, sino la hubieren arruinado con el motivo de lo sucesor fortaleza.
 14. Castillo.
 15, 16, 17 puertas cuyos nombres se ignora
 18. Parroquia de S. Bartholomei hoy Iglesia de Menores Benedictinos. 19. Parroquia de S. Juan Evangelista. 20. Parroquia de Salvador.
 21. Parroquia de S.ª Maria del Castillo.
 22. Parroquia de S.ª Cruz. 23. Parroquia de S.ª Catalina.
 24. Parroquia de S.ª Dominga de Siles mas posterior a las antecedentes.
 25. Parroquia de S.ª Lorenza.
 26. Calle de Escuderos. 27. Calle de Cascañares. 28. Calle de Ferreras. 29. Calle del agua. 30. Sitio del Rastro.
 31, 32, 33. calles cuyos nombres no se saben.
 34. Convento de Menores Escaleros.
 35. Rio Zapardiel. 36. arroyo de la plaza.

Explicacion de la Ortografia 1ª
 1. 1. Rio Zapardiel. 2. puente sobre el qual pasaba la muralla que circia la poblacion moderna.
 3, 3, 3. Muro exterior de oronjion y terraplen.
 4. Puerta Salmantica. 5. de S.ª Maria. 6. del Sol.
 7. La Vega.
 8, 8. Muralla interior toda de oronjion
 9. Iglesia de S. Bartholomei hoy de San Juan. 11. de S.ª Cruz. 12. de S.ª Maria llamada del Castillo. 13. de S.ª Maria llamada la Blanca. 14. de S.ª Lorenza. 15. de S.ª Dominga de Siles.
Explicacion de la Ortografia 2ª
 1. 1. Rio Zapardiel.
 2. Puente de las Cadenas.
 3. parte de la Villa poblada al Noroeste en tiempo de los Godos.
 4. Parroquia de S. Miguel.
 5. residios de la poblacion primitiva
 6. Convento de Menores Escaleros.
 7. Iglesia de S. Bartholomei hoy de Menores Benedictinos.
 8, 8. residios de la muralla antigua.
 9. Sitio donde estuvo posteriormente la Iglesia del Salvador.
 10. Fuerte del tiempo de los Reyes Catolicos.
 12. Muro de la Torre de S.ª Lorenza.
 13. Vestigios y ruinas. 14. Carniceria actual.

Fototipia de Hauser y Menet. - Madrid

LÁMINA I.
 ANTIGUA PLAZA FUERTE DE MEDINA DEL CAMPO

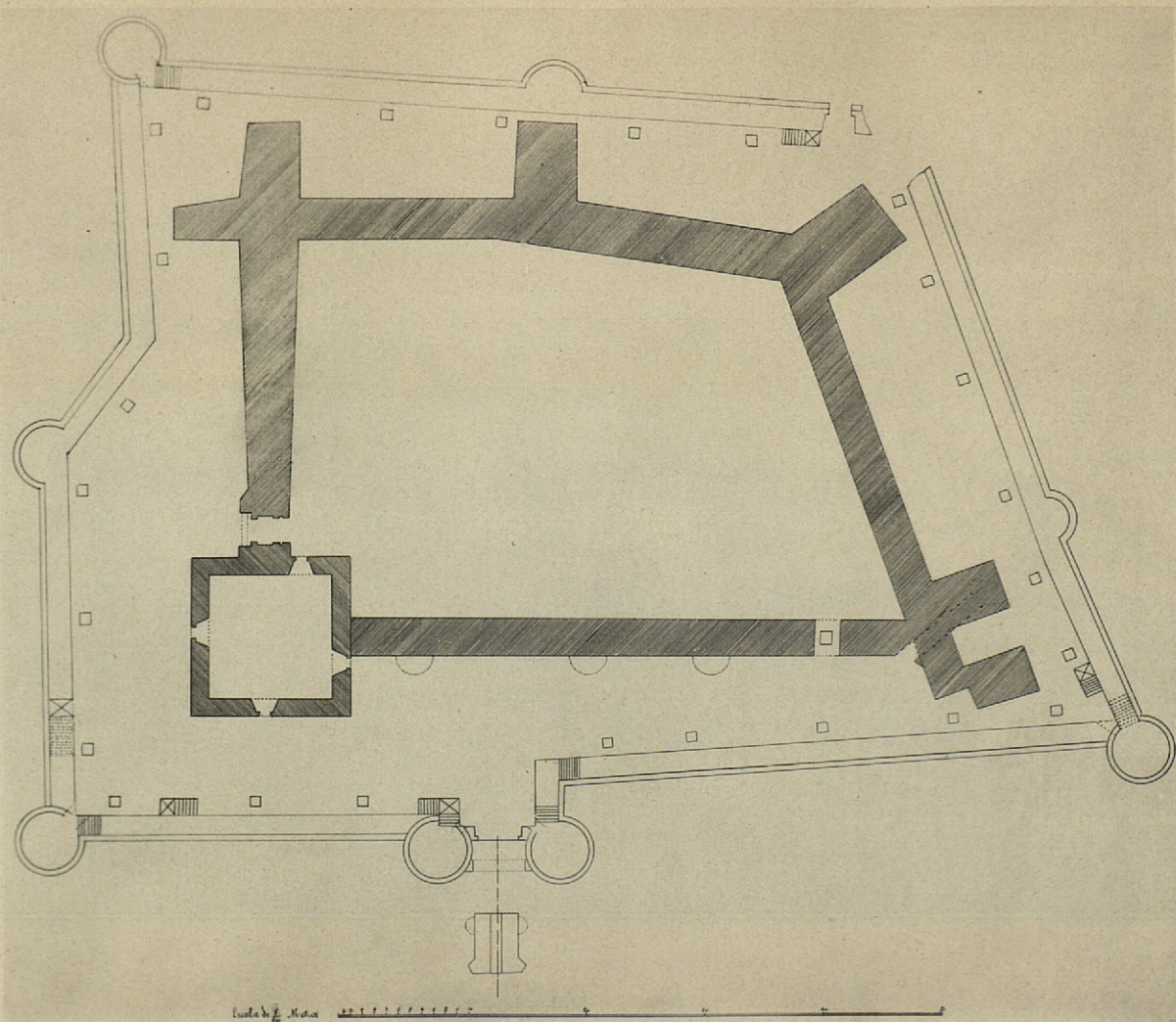


Fotopia de Hauser y Menet. - Madrid

CASTILLO DE LA MOTA EN MEDINA DEL CAMPO

CUERPO DE INGRESO

LÁMINA II.



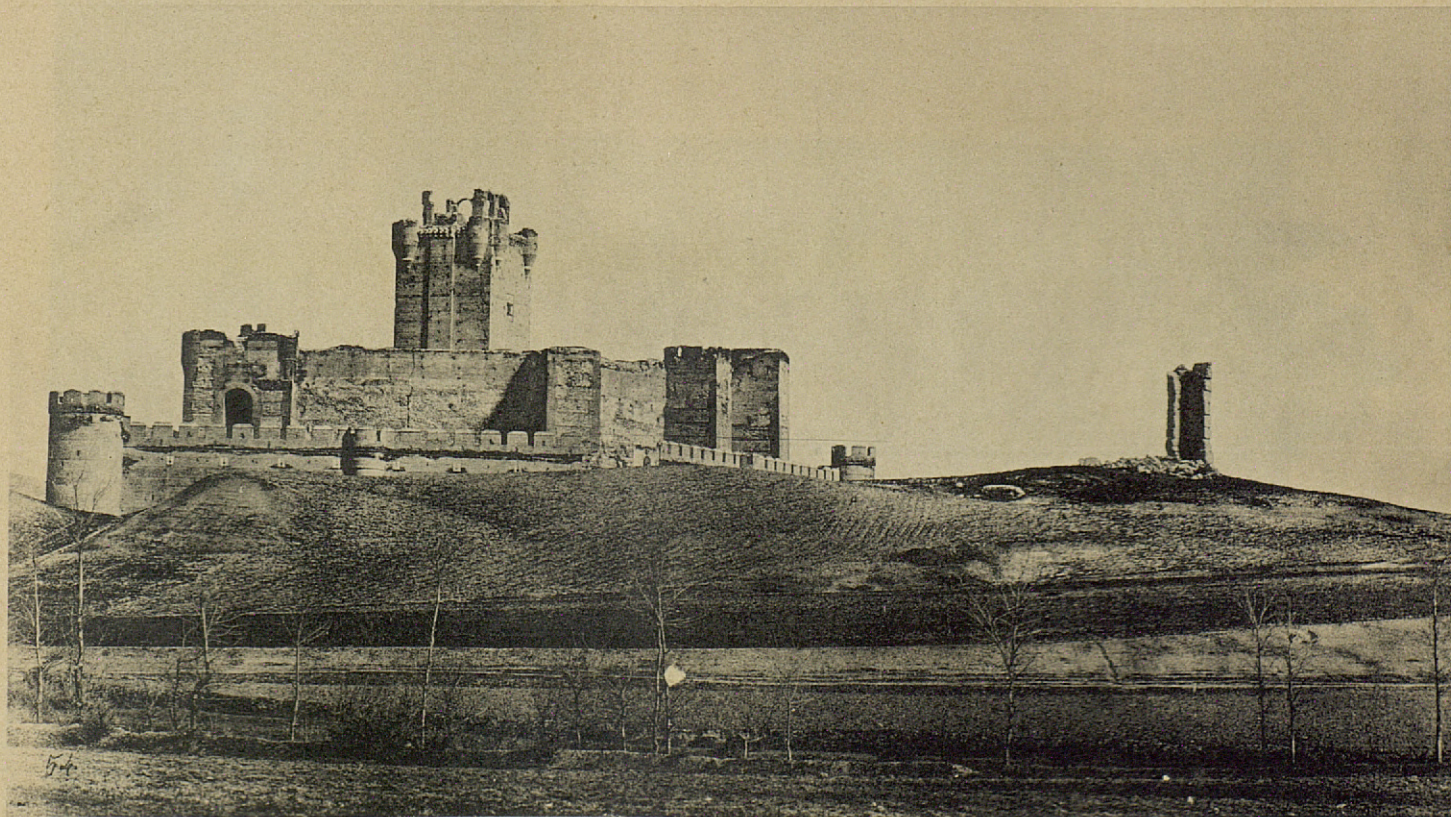
Escala de Metros

Fototipia de Häuser y Menet. - Madrid

CASTILLO DE LA MOTA EN MEDINA DEL CAMPO

PLANTA

LÁMINA III.

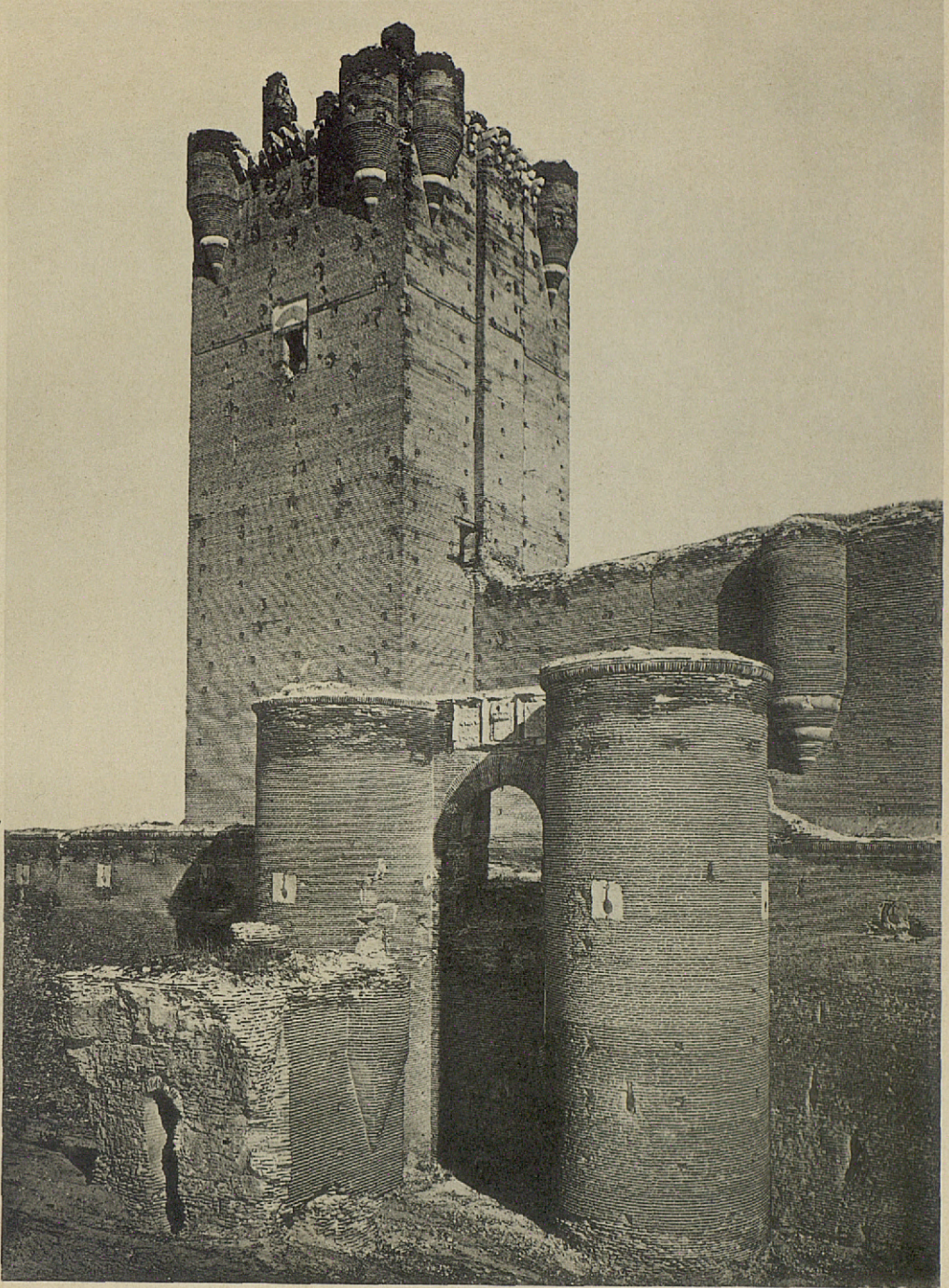


Fotopía de Hauser y Menet.—Madrid

MEDINA

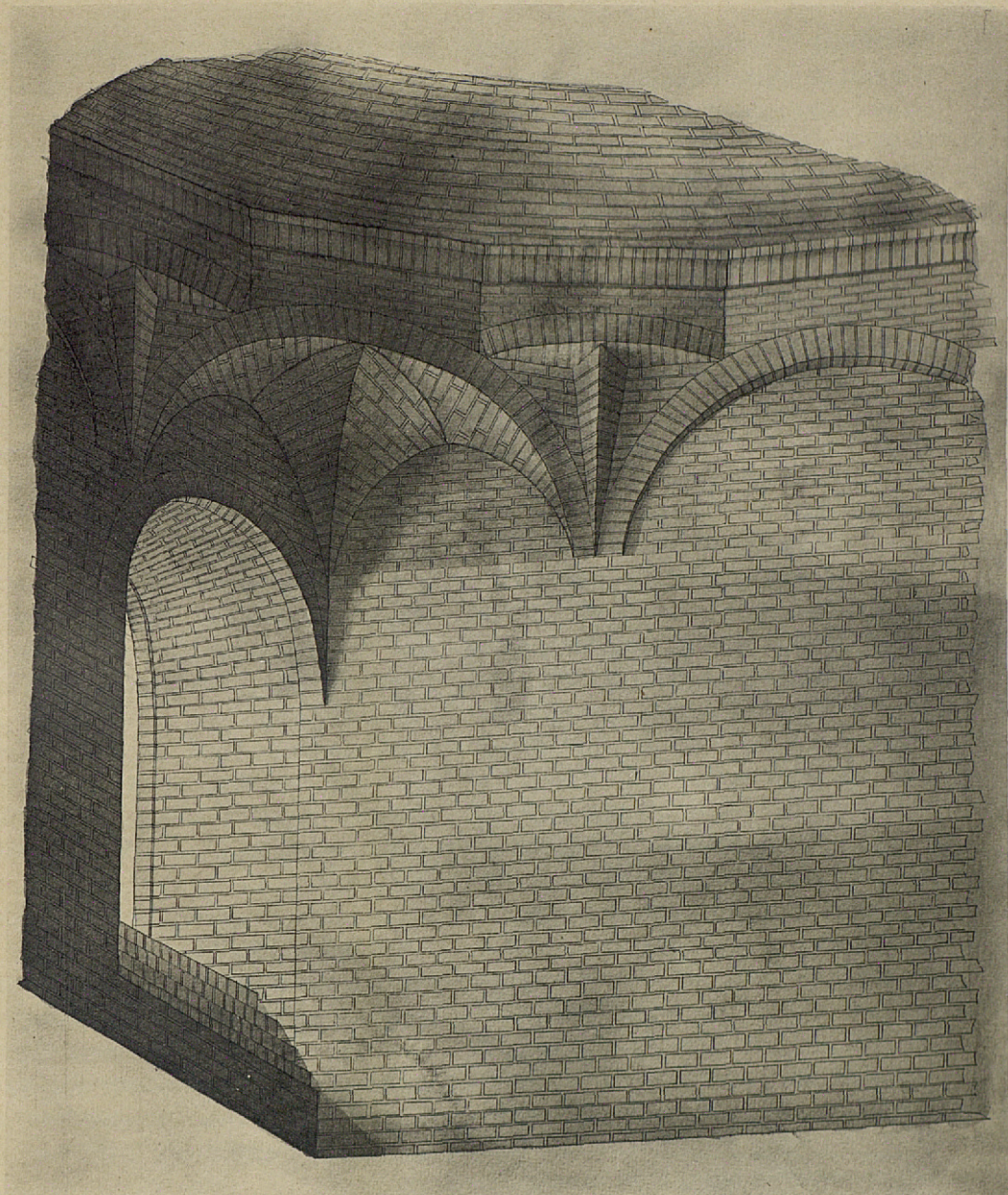
VISTA GENERAL DEL CASTILLO DE LA MOTA

LÁMINA IV



Fototipia de Hauser y Menet.—Madrid

MEDINA
CASTILLO DE LA MOTA
LÁMINA V



Fototipa de Hauser y Menet. - Madrid

CASTILLO DE LA MOTA EN MEDINA DEL CAMPO
TROMPA DE ARRANQUE DE LA BÓVEDA DE LA TORRE DEL HOMENAJE
LÁMINA VI.

I

LA PLAZA FUERTE

Descripción general.

La ciudad actual de Medina del Campo, que suponen los antiguos eruditos que corresponde á la vieja Sarabris, se halla erigida en el anchuroso valle regado por el río Zapardiel.

Los planos de esta histórica plaza fuerte (lám. I) (1), se levantaron á principios del pasado siglo, por D. Julián Ayllón, Prior de la Colegiata de Medina, y yo he obtenido de la amabilidad del exdiputado á Cortes D. Eusebio Giraldo, una copia de estos planos, que es la que tengo el gusto de presentaros.

Como veis, la población estaba cerrada por un doble recinto de planta completamente irregular, como sucedía con todas las fortificaciones de la Edad Media, y el ilustre Prior trazó los planos de la urbe medioeval, teniendo en cuenta, no sólo los restos de construcciones que entonces subsistían de la antigua población, sino también los manuscritos que pudo coleccionar, y los datos que con ellos reunió, para levantar sobre el terreno la planta hecha á escala, y las dos perspectivas caballerías de la ciudad tomadas desde distintos puntos de vista. En ellas aparece el recinto interior que circundaba la población principal, el recinto exterior que comprende la ampliación de ésta y el Alcázar situado en el ángulo Sur de la muralla interior, y que venía á constituir una verdadera ciudadela de la población.

Los recintos, tanto interior como ex-

terior, estaban guarnecidos de numerosos torreones de planta rectangular, completamente macizos; de modo, que esta estructura revela la arquitectura militar de la época, del periodo correspondiente al siglo XIII y á los anteriores. En las perspectivas se ven los diferentes edificios, así públicos como particulares, que engalanaban la población antigua de Medina, descollando sobre todos ellos, el viejo castillo, que se hallaba también defendido por un doble recinto amurallado, y separado del resto de la población por ancho y profundo foso que rodea esta ciudadela y completa la importancia militar de la población, considerada como plaza fuerte.

Estos son, pues, los rasgos característicos de la murada villa, tal como se debió encontrar durante la Edad Media, hasta que destruída en gran parte por los incendios acaecidos en el siglo XVI, se trasladó la población á la margen opuesta del río, y derruidos asimismo los recintos por el transcurso del tiempo, y más todavía, por la acción malévolá del hombre, que es el principal destructor de los monumentos, desaparecieron completamente las murallas, y sólo queda como recuerdo vivo de lo que fué un día la población de Medina, su famoso castillo, que hoy se eleva en medio de labrantías tierras, en que apenas se ven insignificantes vestigios de los innumerables monumentos que un día la poblaron.

Expuesto así, á grandes rasgos, lo que fué la población, considerada como plaza fuerte, entro de lleno en el tema objeto de esta conferencia.

(1) Los planos y perspectivas que acompañan se presentaron, durante la conferencia, en el aparato de proyecciones que posee el Centro del Ejército y la Armada.

II

EL CASTILLO

A) — Epocas de erección.

En primer lugar, voy á examinar cuáles son las épocas de construcción de esta fortaleza que consignan los anales históricos, para ver después si las construcciones se hallan conformes, en su estructura y organismo, con lo que dicen las Crónicas.

La fundación de la parte más antigua de la fortaleza, que es todo el recinto interior de la región levantina, se halla consignada: primero, en la historia del Conde D. Pedro Nuño, escrita por su alférez Gutiérrez Díaz de James, y después se reproduce en las Memorias de los varones ilustres de Medina, debidas al citado Prior Sr. Ayllón. En ellas se inserta esta curiosa leyenda:

«En el siglo XIII, existió un opulento labrador llamado Andrés Boca, que poseía nada menos que 100 yuntas de bueyes y numeroso personal de operarios, así campestres, como artesanos, destinados los primeros á labrar los inmensos terrenos que poseía, y los otros, los artesanos, á construir y reparar los aperos de labranza. Era Boca tan buen vasallo, que asistió con su gente á la funesta jornada de Alarcos y á la famosa victoria de las Navas de Tolosa. Mas envidiado después por sus convecinos, fué denunciado al Rey Alfonso IX (1) como fabricante de moneda. El Rey, que le tenía en buen concepto por sus anteriores servicios á la Patria, no quiso, por de pronto, hacer caso de la denuncia; pero pudo tanto en él la maledicencia, que al fin llegó á dudar, y llamándole á su palacio le requirió á que declarase si era cierto el delito que

se le imputaba, á lo que dice la leyenda que contestó el buen labrador:

»—Señor, es cierto lo que han dicho á V. A., y puesto que yo declaro mi delito, no ha menester de más prueba, y sólo pido á V. A. que antes de imponerme el castigo á que me considere merecedor, se digne visitar temprano mi casa para que pueda ver el medio que tengo de fabricar moneda.

»Excitada la curiosidad del Monarca, le prometió cumplir sus deseos, y, efectivamente, á la mañana siguiente se presentó con su Corte en la casa del labrador. Entró en un inmenso patio, rodeado de talleres, en los que multitud de operarios se dedicaban á la construcción y reparación de los aperos, mientras que numerosos mozos salían con sus yuntas á labrar las tierras que les estaban encomendadas.

Este animado cuadro, que patentizaba el inmenso valor de un asiduo y bien entendido trabajo, parece que impresionó profundamente al Rey Alfonso, y aprovechando el buen Boca la oportunidad, dice la Crónica que manifestó al Monarca:—«Señor, este es el arte de que yo me valgo para fabricar moneda y hacerme rico, y puesto que V. A. se ha dignado honrar esta casa, quiero conmemorar el día de hoy y prometo á V. A. destruir el Alcázar viejo y construir otro, como no le haya igual en Castilla.—Añade la Crónica que el honrado Boca cumplió fielmente su palabra, y construyó un nuevo Alcázar, que constaba *de cuatro fortísimas paredes, fortificadas de robustos estribos y coronadas de almenas.*

Como veis, en el recinto interior se

(1) La nota explicativa, al final de este trabajo.

acusan las formas generales de la construcción militar de aquella época; de modo que este primer dato histórico se comprueba perfectamente. Vamos á ver ahora las ampliaciones.

Cean Bermúdez dice, en su *Diccionario*, que el castillo fué edificado en el año 1440; pero indudablemente la construcción no fué total, puesto que las fábricas acusan que se conservó en su mayor parte el edificio antiguo. Lo que se hizo entonces, sin género alguno de duda, fué envolver el recinto á la sazón

existente, por otro nuevo rodeado de ancho y profundo foso; construir una barbacana en la contraescarpa de dicha escavación; erigir el puente levadizo para dar ingreso á las defensas bajas que entonces se realizaron y que constituyen la envoltura exterior del viejo recinto, y en uno de cuyos ángulos se colocó la poderosa Torre del Homenaje, y por fin, elevar varias dependencias en la plaza de armas para los augustos huéspedes que habian de albergarse en la fortaleza y para alojamiento de las tropas.

B.—Estudio técnico.

Tal es en conjunto el castillo de que me ocupo, y para poder estudiar su importancia en los diferentes conceptos en que puede presentarse, necesito examinarlo desde el triple punto de vista: primero, de su disposición y organismo en armonía con el destino esencialmente defensivo que estuvo llamado á desempeñar en su época; segundo, su expresión artística, y tercero, su significación histórica, y sólo reuniendo estos diversos datos, es como podré daros una idea, tan imperfecta como mía, de la importancia que el monumento encierra.

Vamos, pues, á estudiarlo desde el primer punto de vista.

1.º *Disposición y organismo*.—La barbacana exterior, que constituye un fuerte avanzado, es la que primero aparece á la vista del observador, colocado frente al ingreso del edificio.

En el diseño, que representa el cuerpo de ingreso (lám. II), se ve la planta de la barbacana, situada en la contraescarpa del foso, y los dos torreones y lienzo central de muralla, en cuya parte superior está abierta la puerta. Aparecen asimismo las secciones dadas á la planta por el eje y por un costado, apreciándose perfectamente el estado actual de este fuerte, que constituía un elemento defensivo de gran importancia para la entrada de la fortaleza, habiendo desaparecido ya el

frente anterior que debería tener la barbacana, para que resultase perfectamente defendida.

Se ve también la parte subsistente de las dos garitas laterales que protegían esta barbacana, que ofrecía la circunstancia de hallarse perforada en sentido longitudinal descendente y de la que no puede apreciarse hoy toda la altura que debió tener por hallarse el foso medio cegado.

Esta galería, en bajada, era para facilitar la salida y retirada de los sitiados en tiempo de guerra, á fin de tener constantemente hostilizadas las líneas de contravalación del sitiador.

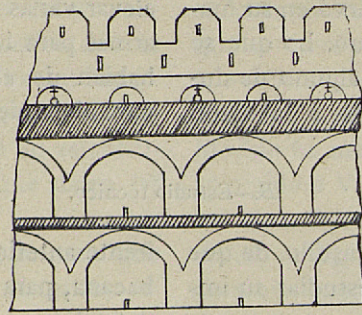
He aquí, pues, lo más importante que ofrece este castillo como antemural, como defensa avanzada, digámoslo así.

Vamos á ver ahora cuál es la estructura de la fortaleza propiamente dicha y cómo desempeñaba los servicios á que estaba consagrada. En la planta del castillo (lám. III) se ven los dos recintos interior y exterior, que corresponden á las dos épocas diversas que los datos históricos consignan. El recinto interior está formado por muros de hormigón, completamente macizos y de gran elevación sobre la plaza de armas, flanqueado, como se ve, en la planta general de la población, por torreones de planta rectangular. Esta construcción, completamente maciza y

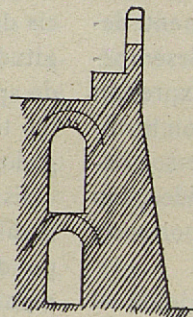
cuyos paramentos son verticales, acusa en el arte de la fortificación el antiguo sistema de resistencias pasivas á que obedece su organismo y que consiste en acumular todas las defensas en la parte superior.

pecto á los medios de ataque entonces conocidos. Efectivamente, si el sitiador intentaba la escalada, se encontraba completamente hostigado por los fuegos cruzados dirigidos, á la vez, desde las almenas de la muralla, desde las plataformas

SECCIONES DE LA MURALLA EXTERIOR



Longitudinal.



Transversal.

El recinto exterior se halla constituido por muros de fábrica homogénea de ladrillo, perforados longitudinalmente por dos órdenes de galerías superpuestas. Esta estructura, tan distinta de la del recinto anterior, se completa por torreones de planta circular en vez de los de base rectangular que hemos visto antes y con los basamentos escarpados, en vez de los de paramentos verticales, que el otro recinto ofrece.

2.º *Resistencia poliorcética.*—El organismo que acabo de describir presenta, como sabéis, mejor que yo, un progreso marcado en el arte de la fortificación, res-

de los torreones y desde las aspilleras de las galerías, y, por fin, por el rebote de los proyectiles lanzados desde los adarves sobre los escarpes, es decir; por una serie de fuegos descendentes, rasantes y en bomba, que era muy difícil que pudiera conseguir apagar. Si el sitiador se decidía por la bastida, también se presentaba muy difícil el asalto, puesto que esta débil torre de madera tenía que avanzar hacia la plaza y era necesario para ello que, previamente, se terraplenase y se consolidara el foso. Sólo entonces podría utilizarse como ofensiva esta torre, cuya resistencia tenía que ser muy inferior á la

que ofrecían los muros de la fortaleza.

Si en lugar de esto el sitiador se decidía por abrir brecha, ó bien empleaba el antiguo ariete, que era también de muy dudoso éxito, por la facilidad con que el sitiado podría atacarlo á su vez con otros ingenios desde las plataformas de torreones y cortinas, ó bien las lombardas. Estas eran conocidas, pero escasas en número y manejadas por gente poco diestra, y aunque en el anterior sitio de Algeciras parece que se habían empleado ya para defensa, en cambio para el ataque, es decir, como medio de asedio, todavía se usaban de un modo muy irregular y deficiente. La prueba de ello es que en los revueltos tiempos de Enrique IV, en que tantas batallas se libraron, los cronistas apenas nombran todavía la artillería, y aun en tiempos en que el arte de la balística estaba más adelantado, cuando la célebre conquista de Granada, dicen las Crónicas que, en unión de las lombardas, se emplearon los antiguos ingenios, ya por las dificultades de transporte, ya porque fuera todavía muy costoso el cargar y disparar las piezas para producir los prontos y decisivos resultados que después se han obtenido y que en la época en que se erigió este monumento, no se habían logrado aún.

Pero admitamos que el sitiador contase con las lombardas entre su material de sitio. En este caso era necesario que, primero, apagase con sus fuegos los que á su vez pudiera dirigirle el sitiado, emplazando éste sus lombardas en las anchas plataformas de los torreones del recinto inferior que, por su gran extensión, permitían el emplazamiento de las pequeñas piezas de artillería que entonces se usaban. Debe, sin embargo, tenerse en cuenta la diferencia de situación en que se hallaban unos y otros, puesto que las plataformas de los torreones estaban á mucha altura sobre el fondo del foso, pero á poca sobre el glacis exterior, de modo que los tiros lanzados por los cañones de la plaza tenían que barrer las filas enemigas y pro-

ducir grandes destrozos, y sólo á fuerza de bajas podría el sitiador conseguir apagar estos fuegos.

Resulta, pues, en mi pobre opinión, que por cualquiera de los frentes que se atacasen los lienzos de la muralla del castillo, el asalto resultaba inferior á la defensa, y sólo con trenes de sitio, con bastante tiempo y pérdida de gente, podría lograr el sitiador abrir la brecha.

Vamos ahora á los trabajos de zapa. En aquellos tiempos, sabéis que todavía no era conocido el maravilloso invento de aplicación de la pólvora á las minas para volar las murallas, con que el inmortal Pedro Navarro causó tan radical revolución en el arte de atacar las plazas, y, por lo tanto, en el sistema de defensa de las mismas. El sitiador, en aquella época tenía que contentarse con el empleo del antiguo sistema de *poner encuentos*. Mas si los sitiados se apercibían de estos trabajos, podían inmediatamente establecer la contramina en disposición conveniente para rechazar la agresión, lo que casi de seguro sucedería, puesto que los soldados apostados en las galerías del recinto exterior tenían que oír los golpes dados por el sitiador para abrir la mina.

Pero supongamos que el sitiador lograra su objeto, estableciendo las minas y disponiendo las carpinterías necesarias para apear provisionalmente las fábricas superiores, á fin de que, por el incendio, se produjese el derrumbamiento de las fábricas que subsistían sobre el terreno socavado. Aun entonces ya sabemos cuán difícil era, en aquellos tiempos, calcular bien el emplazamiento y disposición de estos *encuentos*, de modo que tan penoso trabajo no diera un resultado inútil, como sucedió, por ejemplo, en el sitio de Toledo por Enrique de Trastámara y otros muchos. Vemos, pues, de cuántas dificultades se hallaba erizado el problema de asedio de esta plaza en armonía con los medios de expugnación que entonces poseía la balística.

Vamos á ver ahora el intento de atacar

la puerta, que, como sabéis, constituía el punto débil de toda fortaleza en aquella época. En el dibujo que representa el cuerpo de ingreso (lám. II), se marcan las precauciones de que se había valido el constructor para la defensa de la entrada. Esta se halla hoy á la altura que marca el plano sobre el actual fondo de la escavación, pero que todavía era antes mayor, por estar hoy el foso cegado en parte. Esta puerta, situada á enorme elevación, sobre su fondo, se hallaba flanqueada por dos torreones poderosos y amparada por la barbacana exterior que defendía la entrada. El puente levadizo, de que esta barbacana formaba la cabeza, giraba sobre la línea de enrase superior del arco, de que se conserva el arranque y del que he completado el trazado marcándole de puntos para que se vea la totalidad del arco hoy casi destruido.

El giro del puente levadizo sobre el arco, indudablemente se efectuaría por un contrapeso y la puerta resultaba por lo tanto protegida por las defensas laterales, por la barbacana exterior y por el puente levadizo que la ocultaba al elevarse. Se ve, pues, de cuántas precauciones se valió el constructor de esta entrada para que no participase de la debilidad que, por sí solas, presentarían las puertas de las fortalezas de aquella época.

El castillo medinense contaba, pues, en sus obras exteriores con todos los necesarios medios de defensa, en armonía con los de expugnación que entonces se conocían.

Veamos ahora si las obras interiores corresponden á la bondad de las defensas exteriores.

En la planta del edificio (lám. III), levantada por el maestro de obras actual de la población de Medina, D. Ricardo Cuadrillero, aparecen las proyecciones horizontales de la barbacana exterior, y de la puerta de ingreso, situadas á nivel para facilitar el paso por el puente cuando se hallaba éste echado.

Pues bien; suponiendo que el sitiador

venciera todas las dificultades que acabo de enumerar y que lograra entrar en la plaza, se encontraba simultáneamente hostigado por los fuegos cruzados dirigidos desde las azoteas de las garitas, desde el bien entendido recodo que forma el lienzo derecho del primer recinto contiguo al ingreso, desde la parte del segundo que enfrenta con esta puerta y desde los adarves del lado izquierdo del primero y segundo recinto.

Se ve, pues, con qué habilidad ha dispuesto el constructor esta serie de defensas para batir á la vez al sitiador en todos sentidos y cerrarle materialmente en una nube de fuego. Pues supongamos que el sitiador venciera todas estas dificultades, y entonces tenía que pasar por todo el camino izquierdo y dar la vuelta á la poderosa torre del homenaje, que tiene coronado su cuerpo inferior por una serie de matacanes con las garitas voladas, propias de aquella época, que eran un terrible medio defensivo, merced á los proyectiles que, á través de los matacanes, podían lanzarse sobre el sitiador. Si éste lograra salvar tan multiplicados fuegos y no podía entrar en la plaza de armas más que por la puerta practicada al costado de dicha torre y para pasarla tenía que sufrir los ataques del matacán superior, destruir la puerta y luego el peine interior, y después de vencer tantos obstáculos con innumerables pérdidas, es cuando lograría el sitiador entrar en la plaza de armas. Pero, al penetrar en ella, se encontraba con los adarves de los muros altos, que tienen una gran elevación, y, por lo tanto, dominan de una manera terrible al sitiador, teniendo que perder nueva gente para ganar este recinto. Entonces, todavía quedaba como último recurso al sitiado, el acogerse á la poderosa torre hueca del homenaje, cuya única puerta de entrada se encuentra á mucha altura sobre el camino de ronda, situado entre los dos recintos, pero más baja que el adarve del recinto alto. Así, pues, sólo se podía en-

trar en esta torre desde la muralla, ya por una escala móvil, bien por un puente giratorio ó por cualquier otro medio sencillo, que se cortaba fácilmente en tiempo de guerra y que era muy difícil al sitiador reponer en el momento del ataque, cuando se veía terriblemente acosado por los fuegos que lanzase el sitiado desde los matacanes y garitas de la parte superior.

Se ve, pues, que, desde el punto de vista militar, ofrecía este castillo todos los caracteres de una plaza fuerte de primer orden. De modo que la escasez de altura de la meseta en que se hallaba situada y que constituía entonces una falta, se hallaba ventajosamente suplida por la multitud de medios defensivos de que se había dotado la fortaleza, en armonía con los de ataque entonces conocidos.

Resultado: que desde el punto de vista militar constituía esta fortaleza un interesante monumento de arquitectura militar de la Edad Media, con todos los adelantos que ésta llegó á alcanzar, hasta que la revolución producida por la moderna artillería causó tan radical mudanza en las construcciones militares.

3.º *Expresión artística.*— En la perspectiva que representa el frente posterior del edificio (lám. IV), se percibe la imponente grandeza de las fábricas que lo constituyen y cuyas robustas y harmónicas proporciones acusan su destino respectivo por la variedad de siluetas que ofrecen sus recintos y por los torreones de formas diversas que flanquean el monumento y que le imprimen tan pintoresco efecto, y sólo pueden considerarse como elementos de exornación, si tal pueden llamarse, porque responden á un fin puramente defensivo, las blancas aspilleras perforadas en forma crucifera y construídas sobre base circular que contrastan agradablemente con el fondo más obscuro de las fábricas de ladrillo en que se hallan incrustadas.

Resulta, pues, que, desde el punto de vista estético, sólo se distingue el edificio

por la grandiosidad y potentes proporciones de las diversas masas y por la variedad de siluetas que ofrece el monumento, coronado por la colosal torre del homenaje, presentando un hermoso conjunto que destaca sobre el azul del cielo.

Veamos ahora (lám. V) el frente principal en que se encuentra la puerta de ingreso con sus torreones y su destruido puente levadizo que la imprimen mayor variedad y en cuyas fábricas se dibujan las aspilleras de forma crucifera que aparecen también sobre el fondo de las restantes cortinas y ayudan, por consiguiente, á dar movimiento, vida y expresión á este edificio, en cuyo costado se alza majestuosa, en segundo término, la colosal torre del homenaje, coronada por garitas y matacanes corridos, que contribuyen á imprimir al primer cuerpo subsistente, un sello tan hermoso como propio del destino de esta colosal torre y cuyo efecto sería todavía más soberbio cuando poseía su segundo cuerpo, hoy casi destruido.

La puerta de ingreso, fortalecida por los dos torreones que la flanquean, está cubierta por un arco de herradura cuyas boquillas han desaparecido, y coronada por tres hermosos escudos en que campean los blasones de los Reyes Católicos, que completan con fidelidad la expresión del periodo más floreciente del edificio,

Pasando al interior, encontramos la plaza de armas completamente desmantelada é inundada de escombros. El recinto Nordeste de la fortaleza aparece perforado por una cámara llamada *peinador de la Reina* que constituye una sala cubierta de bóvedas en cañón seguido, de arcos apuntados, orlados por crucerías alemanas, de nervios y rosetones. Entre los escombros se han encontrado, poco ha, en la plaza algunas planchas de estuco orladas de lacerias mudejares que prueban la brillante exornación con que debieron estar enriquecidas, un día, las hoy destruídas dependencias que había en el castillo.

Sólo se conserva en buen estado el primer cuerpo de la torre del homenaje en cuya sala de armas hay un recuerdo artístico de bastante interés. En la perspectiva de un ángulo de esta dependencia, ejecutada por el alumno de la Escuela de Arquitectura D. Manuel Cuadrillero (lám. VI), se ve el paso, por medio de trompas, de la planta cuadrada inferior al polígono superior, de dieciséis lados, sobre el que arranca la cúpula. En primer lugar se pasa del cuadrado inferior al octógono por medio de semibóvedas por arista, y después se transforma á su vez este polígono de ocho lados en el de dieciséis, con auxilio de arcos volados, de planta triangular, reforzados con nervios centrales que, empezando en punta, van ensanchando hacia la parte superior que recibe el arco en voladizo. Los contrastes de claro oscuro de estas diversas y variadas masas dan al conjunto un aspecto sumamente encantador, pero esta construcción tan particular, tiene, en mi concepto, gran importancia desde el punto de vista artístico, porque habiéndose desarrollado en el suelo andaluz en la duodécima centuria, se extiende después á Castilla, reproduciéndose en Medina del Campo á mediados del siglo XV.

Esta hermosa construcción castellana de ladrillo al descubierto y de carácter hispano-mogrebite, permite al artista examinar su interesante estructura, mientras que los ejemplares del mismo género que he tenido ocasión de estudiar en el hermoso suelo que el Bétis baña, están todos blanqueados y por consiguiente, sólo se pueden apreciar en ellos sus bellas formas.

Tan interesante ejemplar del segundo período de la arquitectura sarracena, unido á las influencias mudejares y germánicas que campean en sus fábricas, prestan al monumento un singular sello artístico que lo avalora en alto grado.

Queda examinada, pues, la importancia que en mi pobre concepto tiene el edificio desde el doble punto de vista militar y estético.

4.º *Valor histórico.*—Quiero molestar ya muy poco vuestra atención para no abusar más de vuestra paciencia, y me limitaré, por lo tanto, á recordar los hechos más culminantes que registra la historia. En dicha fortaleza se albergaron augustos Monarcas, se hospedaron ó estuvieron reclusos egregios personajes, se depositaron los caudales destinados al rescate de Francisco I, y sobre todo, señores, se verificaron sucesos importantes del más glorioso de los reinados. Allí estaba la augusta Isabel I cuando recibió la noticia del inicuo asalto de Zahara, y de allí lanzó la egregia Reina el pendón castellano para vengar tamaña afrenta; pendón que ondeó luego victorioso en las plazas que sucesivamente iban conquistando las huestes cristianas; allí volvieron los Reyes triunfantes después de haber clavado sus estandartes en las orillas del Darro y del Genil, y por último, allí estuvo retenida la desdichada D.^a Juana, no permitiendo que la subieran á sus habitaciones, y obstinándose en permanecer durante tres días en el cuerpo de guardia, ya ordenando como Princesa, ya suplicando, que le abrieran la puerta y bajasen el puente levadizo para salir en busca de su veleidoso marido, sin hacer caso de las exhortaciones cariñosas y de los consejos que la dirigió el Arzobispo de Toledo, hasta que al fin tuvo que ir su augusta madre precipitadamente, desde Segovia, para prestarla los cuidados que su triste situación exigía, á pesar de que se hallaba ya la augusta Reina atacada de los sufrimientos físicos y morales que debían conducirla en breve al sepulcro, después de extender su admirable testamento y su codicilo en aquella villa, en que exhaló su último suspiro.

C)—Resumen.

La importancia histórica de esta población se condensa en el arrogante lema que ostenta en su escudo: «Ni el Rey oficio ni el Papa beneficio», aludiendo á que sólo á la villa correspondió el nombramiento de los empleados que habian de regirla en lo temporal y en lo espiritual. Pues bien, señores; cuando tales recuerdos atesora el castillo y plaza fuerte de Medina; cuando las antiguas construcciones de esta fortaleza simbolizan, por una parte, tan puro amor á la Patria como sentía el leal Boca, y representan por otra el perseverante amor al trabajo, que caracterizó á tan ilustre patricio y que constituye la base primordial del bienestar y progreso de las naciones; y por fin cuando las fábricas erigidas posteriormente, al mismo tiempo que acusan los grandes progresos obtenidos ya por entonces en la fortificación, simbolizan asimismo tan gloriosos sucesos como los en él acaecidos, sería una vergüenza para la Patria el que se dejase perecer tan interesante monumento y permitir que subsistan allí un momento más, no sólo los escombros procedentes de la ruina de las coronaciones de las murallas y de las defensas ex-

teriores, sino lo que es más vergonzoso —permitidme que os lo diga— los miserables restos de los aduares de jitanos, que lo habitaron un día y que, gracias al celo del Alcalde, D. Juan Molón, se prohibió desde hace algún tiempo tan inaudita profanación.

No dudo, pues, que el Sr. Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, entusiasta conservador de nuestras glorias nacionales, correspondiendo á la propuesta formulada hace ya tiempo por la Academia de San Fernando, y la que seguramente hará en igual sentido su hermana la de la Historia, declarará el castillo de Medina monumento nacional, y dispondrá se salven sin demora sus venerandos restos, que tan prestigiosos recuerdos simbolizan.

Tales son, señores, los deseos que me animan, tan puros como el santo amor á la Patria que todos profesamos, y que en ningún sitio pudieran encontrar mejor acogida que entre vosotros que, teniendo siempre á la vista vuestro ilustre abolengo, ansiáis ocasión en que poder reverdecer los ilustres laureles con que vuestros heroicos antepasados honraron la madre Patria.

NOTA EXPLICATIVA

La interesante leyenda de Andrés Boca exigía una aclaración histórico geográfica, pues desde luego me sugirió la duda de quién pudiera ser el Alfonso IX á que la Crónica se refiere. Consultada la cuestión con mi docto amigo Sr. D. Antonio Blázquez, Secretario adjunto de la Sociedad Geográfica, la esclareció del siguiente modo:

«En 1188 era Medina del Campo una de las ciudades del Reino de Castilla, pues figura en tal concepto en las Cortes de Carrión y en las capitulaciones del matrimonio de D.^a Berenguela con Conrado, hijo de Barbarroja.

»Por donación no pasó Medina del Campo á poder del Rey de León, pues consultada la carta dotal de D.^a Berenguela, cuando su matrimonio con Alfonso IX, no figura en la misma, á pesar de mencionarse todas las ciudades, villas y castillos que eran objeto de las capitulaciones (año 1109).

»Por conquista tampoco pasó á su poder, pues durante el reinado de Alfonso VIII de Castilla (1158 á 1214), las armas leonesas no toman territorios al castellano, recobrando sólo en 1212, las plazas que el de León había dado á doña Berenguela (Villalpando, Ardón y Rueda).

»No pudiendo ser Alfonso IX de León el Alfonso que después de las batallas de Alarcos y Las Navas ejercía jurisdicción en Medina del Campo, forzoso es admitir que fué Alfonso de Castilla, que unos llaman VIII y otros IX, por incluir en la Cronología castellana á Alfonso *el Batallador*, Rey de Aragón y marido de D.^a Urraca, abonando esta intrusión el hecho de que, durante el reinado de

D.^a Urraca, fué reconocido como Rey consorte, tuvo mucho tiempo plazas y villas con guarnición y siguieron su partido, en contra del de D.^a Urraca, muchos nobles castellanos.

»Intercalado el de Aragón, resulta Alfonso VIII el que nosotros llamamos Alfonso VII, y Alfonso el de *Las Navas* se convierte en Alfonso IX.»

MODERNISMO CLÁSICO

Si algunas leyes estéticas lográramos deducir del estudio de la historia del arte, serían, sin duda, aquellas que de su evolución y marcha se desprenden, viniendo á explicar la razón de ciertos fenómenos, cuya presencia nos sorprende doblemente si los consideramos aislados y sin relación con sus precisos antecedentes.

Hoy asistimos á un movimiento artístico especial que hemos dado en llamar *modernismo*, quizá porque lo creemos propio y exclusivo de nuestros días; pero estudiando la historia nos encontramos con fases artísticas tan similares que, aunque algo desconocidas, no por eso han gozado de menor existencia.

Quizá un tanto olvidadas, nos fijamos hoy en ellas al compararlas con la evolución que ante nuestros ojos se realiza, teniendo así el *modernismo* sus preciosos precedentes en otros ciclos artísticos, como página especial de su historia.

Es el modernismo cuestión de fondo á forma en el arte: como fondo responde á cierto subjetivismo, á cierto idealismo que aspira á la realización de los tipos más refinados que pueda crear la fantasía; como forma determina un estilo especial, más convencional que real, aunque en la realidad se apoye, y en la naturaleza pudiéramos hallar también aspectos que de inspiración le sirvan,

No corresponde, pues, el *modernismo* á aquellas épocas de perfecto equilibrio estético, en que las dos grandes potencias creadoras, el instinto de imitación y la fantasía persiguiendo el ideal se penetran. Si la realidad proporciona elementos para el nuevo arte, la idealidad prepondera en él; lo normal no le satisface; necesita en su propósito expresivo de algo extraño, raro, extravagante y exagerado que le preste interés; el desequilibrio existe con dirección subjetiva, más que idealista pura; preséntase como un neo-romanticismo más tranquilo que el pasado, algo menos fantástico y pesimista; más burgués, por decirlo así, en sus ideales y más industrial en sus procedimientos.

Por esto, en ciertas épocas, que no llamemos decadentes, sino más bien de transición, vemos siempre estos desahogos artísticos, en que la mano da gusto al deseo de estilización artística; especie de abuso del taller ó de la pluma, queriendo imponerse por sí, por su experiencia, más que por la nueva fórmula conseguida. Después de sabido el natural hay que usar y hasta abusar de él *ad libitum*, con razón de sublimarlo.

Buena prueba de esto, y de mucho más que pudiera decirse sobre el modernismo, si de él hiciera especial estudio, son los curiosísimos relieves que por fortuna po-



Fotografía de Hauser y Wener, Madrid

RELIEVES EN MARMOL DEL MUSEO DEL PRADO
(MÉNADES Ó BACANTES: CORRESPONDIENTES Á UN MONUMENTO BÁQUICO)
(FIGURAS DE TAMAÑO NATURAL)



«Estipos de Hauser y Wenzl. Madrid»

RELIEVES EN MARMOL DEL MUSEO DEL PRADO
(FIGURAS DE TAMAÑO NATURAL)

secmos en fúest o Museo del Prado, y que pueden ser el encanto del mayor apasionado por el estilo en moda.

Representan cuatro *ménades* ó bacantes, como enloquecidas y presas del furor que les produce el uso del licor *cyceon*; de tamaño natural, ocupa cada una gran placa de mármol blanco, al parecer de Carrara.

El tipo mitológico y artístico de los *ménades* ó bacantes, tiene su historia perfectamente definida. El Dioniso ó representación primitiva de la vida, en su más espléndida manifestación de la alegría de la feliz existencia, va abusando de esta misma vida y concluye, por influencia asiática, ó por lo que sea, en el Baco vicioso y ebrio, con todo su cortejo, que es la degeneración del numen primitivo dionisiaco.

El arte griego sigue esta evolución en sus representaciones y tipos iconísticos; escasas al principio las imágenes de las ménades, aparecen más frecuentemente tratadas en el período de su madurez, y cuando va determinando para siempre todos los tipos de su mitología, hasta el punto de fijarse en el número de ocho, concluyendo por ser tema tan preferente, que apenas faltan en ninguna decoración escultórica de la época helénica y greco-romana, sobre todo en objetos pertenecientes al culto báquico, cada vez más extendido.

Mr. Winter ha hecho un estudio especial de las representaciones de las ménades, y según él, quedan definidas en el siglo V, antes de Jesucristo, dando sus ocho tipos un contemporáneo de Alcámenes, tipos que después repiten infinitas veces los artistas neo-áticos y romanos. Porque Atenas fué siempre, hasta muy entrado el Imperio romano, taller perpetuo de la escultura clásica, en el que se verifican distintos renacimientos y fases evolutivas, según su situación política y vicisitudes por que va pasando la gloriosa capital del Atica. De allí salieron siempre los mejores escultores, que trabajaron tan-

to en Roma como en el ós muchos puntos del Imperio, de los que no fué España el más abandonado; de Atenas, pues, pudieron ser los autores de estos relieves, aunque los ejecutaran en Roma.

Como ejemplar del relieve clásico corresponde también por su estilo á una época en que ya ha cumplido su total desarrollo y busca nuevos aspectos que le presten novedad y atractivo. El relieve griego, que comienza tan arcaico, tan tímido en sus movimientos y en el partido de sus paños, va adquiriendo cada vez más valentía, hasta ofrecernos los maravillosos del templo de Victoria Apta, tan conocidos por todos los que estudian la escultura helénica. Su poder estético les proporciona larga vida en su estilo, pero llega un momento de idealización, de fantasía sobre los motivos adquiridos, y aparece la página *modernista* del arte griego, tan similar á la nuestra, que hasta vuelve los ojos al más primitivo arcaísmo, y pretende con gran malicia ostentar la cándida sinceridad primitiva. Los relieves del Prado pueden ofrecerse como ejemplares característicos de aquel período arcaizante, en que viene á caer el arte helénico, ya en pleno Imperio romano, como epílogo de su historia, como recuerdo de su niñez artística. Así, aunque persiguen una sencillez extrema en su ejecución, se patentizan en ellos todos los rasgos propios de un arte maduro, que no puede transigir con ciertos defectos imperdonables del primitivo, y basta verlos para comprender la gracia exquisita y refinada de su conjunto y sus detalles. Todo en ello está sentido á la manera del actor que imita el tipo ingenuo, pero sin ser debido á la ingenuidad verdadera en que vive el hombre primitivo é inexperto.

Todos los autores que de ellos han hecho mención los han comparado al punto con los que existían (y deben existir aún) en Roma, en la escalera de la Villa Albani (1), y otro hallado en el Es-

(1) Las dificultades para examinarlos hoy son tales

quilino en 1875, hoy en el muro de una de las salas del *Palazzo dei Conservatori*, del Museo del Capitolio. De los dos primeros publicó Zoega dibujos y texto en su obra *Li bassirilievi antichi di Roma* (Roma, 1808), é indudablemente por sus dimensiones y estilo son sus compañeros, y del último hadado cuenta especialmente monsieur Winter (1), con quien hay que convenir en que todos formaban, hasta el número de ocho, la decoración del basamento cilíndrico de algún suntuoso monumento báquico.

El examen de las láminas excusa de hacer de estos cuatro relieves (números 1, 2, 3 y 4) una descripción detenida; tanto sus posturas como sus trajes y atributos, corresponde de tal modo á los propios de las ménades báquicas, que no ofrecen ni duda ni particularidad digna de especial mención; de los otros cuatro, podemos formarnos idea de dos de ellos (5 y 6), por los dibujos de Zoega, apareciendo en ellos una de las ménades tañendo un gran tímpano ó pandero, bastante semejante á la núm. 3, y la otra danzando al son de los címbalos ó platillos que lleva en sus manos: la del *Palazzo dei Conservatori* (7), calificada como *frammento di un pozzo*, sin duda por su convexidad, aunque en peor estado de conservación que los demás, ofrece á la ménade con un gran cuchillo en la diestra, levantada sobre su cabeza, mientras que en la siniestra lleva el cuarto trasero de un cabrito, quizá la otra mitad del que vemos en una de los del Prado (núm. 2).

De la octava no tenemos noticia que hasta ahora se halla encontrado, por más que pudiéramos hacernos idea de ella por las réplicas que en otros monumentos vemos de estos modelos; porque la importancia y valor estético de ellos de-

bió ser tal en Roma, que aún existen numerosísimos objetos en que aparecen copias de ellos. El gran *riton* del *Palazzo dei Conservatori* nos presenta la copia de los núms. 2, 4 y 7; en un *baso antico* de la galería Albani, se ven también la 4 y 5; en un fragmento de ara del *Museo Nazionale*, aparecen las núms. 1 y 7, y otra con dos coronas en las manos, que quizá nos dé el tipo de la octava que nos falta; aún en otra ara arcaizante del Museo Vaticano se ven las números 1 y 7, apareciendo también algunas de ellas, aunque algo desfiguradas, en el bellissimo sarcófago *dei Caparni*, descubierto en la *Villa Bonaparte*, hoy en el Museo Nacional, sin contar varias que pudiéramos aún enumerar (1).

Debió, pues, ser importantísimo el monumento á que correspondieran las figuras custodiadas en el Museo del Prado, que podemos considerar modelos de todas las otras por su mayor belleza, y que lo más probablemente constituirían la decoración del basamento cilíndrico, de unos seis metros de diámetro, suponiendo que debieran estar separadas entre sí por algunas ménsulas ó pilastras.

Debemos, pues, estimar que tan bellos relieves, por los tipos que representan, por su estilo modernista y primitivo, por sus proporciones, movimiento y emblemas, constituyen uno de los más valiosos ejemplares de aquel período llamado arcaizante, que tanto encantó á los refinados señores del mundo en los tiempos del Emperador Adriano, y que constituye la última fase de la evolución, tan admirable, del arte griego al final de su larga vida. Así, hay que estimarlos, sin que por esto desmerezcan en nada de su valor estético, pues todos los estilos son igualmente apreciables, cuando presentan ejemplares tan sobresalientes.

Desconocidos hoy los nombres de los arcaizantes de aquel período, pues Pasi-

que han resultado insuperables para la información que acerca de ellos ha pretendido hacernos nuestro querido compatriota y archivero español en el Vaticano el señor D. Rafael Santa María.

(1) Véase Colignon, *L'Escultura greeque*, II, página 648, y también el estudio de Friedrich Hauser, *Die Neuen-Alteichen relief*, Stuttgart: 1889.

(1) Debemos esta amplia información á la buena amistad del Sr. Santa María, que nos ha remitido fotografías de todo lo citado.

teles, que se cita como su introductor en Roma, vivió un siglo antes de Jesucristo, por lo que más se debe considerar como un helenístico, que no como un encalzante, es imposible sospechar siquiera á quién fueran debidas tan singulares muestras de la escultura clásica.

¿Cómo llegaron estos relieves á figurar en nuestro Museo del Prado? Es muy difícil averiguarlo. Si por los que en Roma existen hay que reputarlos como pertenecientes á un monumento que allí se erigió á Baco, los nuestros debieron venir con alguna de las remesas de antigüedades que de la ciudad eterna nos han lle-

gado; quizá vinieran con otros mármoles á nuestro Palacio Real, pues Pouz nos da la noticia de que los vió en un sótano del mismo, abandonados *en el tercer suelo debajo del principal por la parte del Norte*, pudiendo suponerse que quizá vinieran de Italia con otros mármoles en tiempos de Carlos III, si no es que pertenecieron á la colección de la Reina Cristina de Suecia; pero no constan en el gran tomo manuscrito del abate Ajello, que existe en la Biblioteca del Museo del Prado, de esta colección, con dibujos muy exactos de todos los interesantes monumentos que la constituían.

N. SENTENACH.

BIBLIOGRAFÍA

Tristezas y esperanzas, por Ernesto Quesada.—San Rodolfo. Estación de San Miguel (República Argentina) 1903.

El distinguido escritor argentino Ernesto Quesada, hijo del que fué Ministro plenipotenciario de aquella República en España y activo consocio nuestro, publicó á mediados del año pasado un folleto de cerca de cien páginas, con el título arriba transcrito, admirable labor de crítica de la novela *Reposo* de Altamira.

Algunos escritores, bien por falta de tiempo, bien por parecerles que en poco volumen no se puede encerrar mucho mérito, no han parado mientes cual hubieran debido al examinar la obra, que entre juicio y juicio abunda en—como desperdigadas—hermosas ideas que conviene conocer y alguna que otra apreciación digna de no echarse en saco roto por los literatos peninsulares, que al no hacer mención de ellas parecen no comprender las primeras y suscribir las segundas.

El lenguaje de la obra rebosa en modismos de aquellas regiones, cosa harto natural, y que lejos de rechazar, admitiría siempre, evitando así que hasta dentro de nuestro país se produjeran por este motivo conflictos, que más tarde trascien-

den á otros órdenes y se hacen más graves. El que por razones orgánicas y de su medio ambiente necesita adaptar el lenguaje á la idiosincracia de su región, no debe hacersele objeto de diatriba, porque acabará por abandonar un idioma que no se conforme con su naturaleza. Muy distinta es para mí la tendencia purista de que me declaraba partidario en estas mismas columnas, considerando que no se corrompe el castellano enriqueciéndose con nuevas palabras elaboradas en el tiempo y por las circunstancias, tanto como por la introducción de frases extrañas, muchas veces innecesarias, á que tan aficionados nos mostramos al presente y de que estamos inficionados los mismos que creemos hallarnos á cubierto del mal.

Su estilo es ameno y natural; estimable, por tanto, sin que su sencillez sea para mí defecto; que el escribir al correr de la pluma, hábito de los escritores sudamericanos—según dice Quesada—no es costumbre de que deba lamentarse, sino más bien perfección, que da la espontaneidad á cambio de pequeños lunares,

siempre que el escritor sea hombre práctico en tales lides, cual lo es el que me ocupa. Al dar rienda suelta á sus ideas, provocadas en los párrafos de esta obra por las apreciaciones de Altamira, tiene momentos en que luce con gallardía todo el poder de su estilo, desapareciendo el crítico para surgir el vigoroso pintor de la naturaleza ó el sociólogo profundo. Si á Altamira «la planicie, el valle, la montaña, todo... lo seduce y enamora», no menos le seduce á él, y olvidándose por un momento de lo que es objeto de su estudio, abandonado á los recuerdos, escribe las siguientes líneas: «Cabalmente tocóme leer gran parte de este libro á la prima hora de una de estas mañanas [otoñales. Clareaba apenas del lado de levante; el lucero del alba se escondía por momentos. Un viento recio despolvoreaba casi instantáneamente una densa niebla delante de los ojos y veía rasgarse un velo blanquecino, sutilísimo, que envolvía todas las cosas, y de cuyo seno surgían, como evocadas por mágico conjuro, indecisas primero y lentamente acentuándose después, figuras de animales, de árboles, de edificios... El incesante canto de los pájaros, saludando alborozados el espectáculo, siempre estupendo, del nacer del día; el verde amarillento de los árboles, cuyas hojas comenzaban á caer, el vaho, húmedo y vaporoso, que imperceptiblemente se desprendía de la tierra y llenaba la atmósfera con ese perfume singular que parece infiltrar potencialidad vigorosa y disipar cualquier melancolía, todo entonaba un himno férvido... al calor vivificante del astro soberano, que acababa de levantarse.»

Comienza su estudio exponiendo de modo sucinto la trama de *Reposo*; la vida de Juan Uceda, hombre apasionado del estudio, luchador decidido, que debilitado por el trabajo se siente desfallecer y pretende retirarse de aquella vida á diario productora de nuevos conocimientos en la soledad de su gabinete y nuevos sabores en el trato de las gentes, que envi-

diosas las unas é indiferentes las más, sirven tan sólo de rémora á las naturales ambiciones del sabio. Se refugia en Ronesa, casa de campo de su tío Vicente, donde al pronto encuentra tranquilidad, muy luego cambiada por la excitación que le domina viendo las vejaciones é injusticias de que son objeto aquellos lugares, á quienes predica la lucha por sus derechos y lanza á la lid con armas poderosas y absoluto desconocimiento de su aplicación y alcance; é inculca, más tarde, en su ánimo el desconcierto causado en la antes pacífica villa la idea de que todo es lucha en la vida, de que es su corona el éxito y el descanso *la ilusión de los momentos de desfallecimiento*.

Y aquí entra de lleno en su función el crítico. A la par, ensalza «ese finísimo análisis psicológico de los estudios universitarios, entusiastas y brillantes; la preparación posterior sesuda y consciente; la lucha artera y tenaz... la labor infatigable de quien escribe porque se necesita», y su profundo sentir la naturaleza; y rebate sus falsas y desalentadoras conclusiones: «El ciego endiosamiento del éxito, la prédica de la lucha sin descanso y que esta sea la ilusión de los instantes de desfallecimiento.»

En cuanto á lo primero, «nada más interesante que reconstruir la personalidad moral del protagonista, siguiéndolo desde sus primeros pasos; los capítulos en que el autor analiza psicológicamente aquella vida, merecen meditarse». Temperamento valeroso y resistente el de Uceda, desde sus primeros momentos así se manifiesta; descuella entre sus compañeros, se coloca en primera fila y termina su carrera universitaria con los laureles del que ha cumplido como bueno. «Y esto constituye su elogio, pues si suele acontecer que no siempre los estudiantes más brillantes alcancen, en la vida práctica, las primeras posiciones, se debe ello seguramente á otras razones, pero jamás á que los cursos superiores hayan sido hechos con aplauso de los profesores... La tesis de que un

futuro grande hombre deba forzosamente ser un pésimo alumno, servirá quizá para consuelo de haraganes.» Bien hace el autor de *Tristezas y esperanzas* en no pasar por alto esta idea que palpita en la novela de Altamira, estando, como está, conforme con ella, y bien haríamos todos los que pensamos acordes y pertenecemos á la raza latina en iniciar palenque contra tan ingeniosa teoría, que hace inteligentes á los privados de la facultad de conocer y sabios á los pazguatos. Y digo los que pertenecemos á la llamada raza latina, porque entre nosotros cunde por modo admirable la teoría, á la que se aferran quienes, después de dar muchos tumbos en los Centros universitarios, llegan á ser casi personalidades en los Clubs, convirtiéndose en parias de la política y enenagando, casi siempre, los partidos *dísidentes*, que están obligados á sacudirse de tan pesada carga para llegar en algún momento á constituir legítimas aspiraciones de su país.

Juan continuó su trabajo, infatigable, ansioso siempre de aclarar y ampliar sus conocimientos, pero llegó al punto en que su fe ciega, su acerada energía, su vastacultura hallaron estrechos los límites á que le reducían las paredes de su gabinete, y, sintiendo la necesidad de comerciar ideas con sus semejantes y discutir las opiniones que oía por doquiera, á menudo en contradicción con las suyas, sufrió el terrible desencanto que amortigua sus energías y le hace pensar en la retirada á Ronesa, quizá por haber hecho caso omiso de la experiencia de los más viejos.

Después de esto, aparecen las desconsoladoras conclusiones, en la cual impugnación se invierte la mayor parte del folleto. «La vida es la lucha; el descanso la ilusión de los instantes de desfallecimiento.» La vida así entendida—hace notar Quesada— dará su galardón á los más audaces y arteros; el autor de *Reposo* se ha detenido en el dintel del problema; no explicando en qué consiste ese éxito por

que se ha de pelear denodadamente. «Está bien que se predique la pelea sin cuartel si tal es la convicción, pero también es bueno coger... ese decantado contentamiento del triunfo y, desde la cúspide, exponiéndolo á las masas atónitas que bregan en el valle, patentizarles que el resultado es digno del esfuerzo.» Por último, el descanso es imprescindible para la continuación de esa misma cruzada que predica, y así lo reconoce el novelista, pintando cómo por no someterse á tan imperiosa ley su héroe, pierde el vigor, seguramente conservado si en todo tiempo hubiese ido alternando el trabajo con el reposo.

Quesada, á la manera de algún notable escritor español, á quien tan reacios andan los demás para darle el título de crítico, sólo porque abandona los triviales y vetustos moldes que ellos usan, no se limita á refutar con lógica aplastante las conclusiones citadas, sino que construye á su vez, con la base de aquéllas, sus convicciones en determinadas materias. «Si Altamira—dice—hubiera determinado la calidad de la contienda, de acuerdo estaría con él en cuanto á la necesidad de predicarla, porque lucha tal es á la vez vida, y sin ella la vida no valdría la pena de vivirla. Pero pendencia semejante lleva consigo implícita la condición de la moderación y el reposo alternado.» Es verdad; la pelea sin cuartel termina siempre por el aniquilamiento ó, cuando menos, por el agotamiento de fuerzas; nunca por la obtención del fin que los combatientes buscaban. El que abandona el combate por miedo ó porque, amante de la tranquilidad, cree poder lograrla en algún instante de la existencia terrena, ese será el desfallecido; pero á todas luces no lo es el que, sintiendo sus energías relajadas, toma el reposo como reconstituyente admirable de su organismo, con el deseo de adquirir nuevos vigores y ser nuevamente adalid temible en vez de débil y escarnecido guerrero. Este es el verdadero descanso, período de

inercia entre dos momentos de la lucha y se impone al hombre aun cuando no sea por otra razón que la del propio aprecio. Es preferible vagar un minuto á desfallecer una hora.

«¿Qué sería de la humanidad si estuviera condenada al trabajo sin respiro? Ni la servidumbre de la gleba, en sus peores formas, negaba el descanso al obrero fatigado... Timbre de honor de la época contemporánea es, al iniciar la legislación reglamentaria del trabajo y de las clases obreras, haber reconocido que, después de seis días de faena corresponde decretar, como precepto obligatorio y como necesidad fisiológica, el descanso dominical.» Conforme estoy con la necesidad del descanso, pero bueno es no dejarse llevar del impresionismo y distinguir lo natural de lo exagerado en esas tendencias que proclaman el colectivo. Se impone favorecer los anhelos legitimísimos de quienes, sometidos á la explotación inhumana de unos cuantos, no pueden administrarse tan saludable medicina; mas no creo posible darle ese tinte de obligatorio y simultáneo que le ha puesto en boga, dejando en completa inacción á la sociedad, como si no fuese ese viva imagen de su muerte y los que allá en sus lucubraciones inventan leyes para regularlo, hubiesen olvidado que la posibilidad de los ideales y su adaptación á las circunstancias de lugar y tiempo son condiciones *sine qua non* de las obras legislativas. Un individuo aislado puede entregarse al más absoluto reposo, porque hay en él algo que vive con independencia de su voluntad y que como fuerza que vence los puntos muertos de inerte engranaje, le vuelve á la vida. En las colectividades, por el contrario, toda su actividad depende, en cuanto á su actuación, de la voluntad de los asociados; no hay en ella más imperativo categórico que la necesidad de vivir juntos, y su total descanso retrata su destrucción, aun cuando los dispersos miembros sociales sientan al día siguiente la precisión de volverse á unir.

¿Qué gozo, qué solaz se puede lograr durante estas catalepsias sociales?—Valga la frase.—Ninguno; pues para tan nimio resultado más vale no producir tan magna desorganización.

Más adelante, al examinar hasta los últimos detalles de *Reposo*, expone Quesada el ideal que tiene formado de la novela en los tiempos que corren. «La novela—afirma—debe ser espejo fiel de la vida real y no una tesis apriorística más ó menos dramática, romántica ó melodramática; es necesario tener en cuenta todos los factores que en la existencia diaria actúan... Así en este libro todo el que cuenta goza de una salud física jamás perturbada por la más leve dolencia, y todos los protagonistas son ó aparentan ser rentistas que no tienen por qué preocuparse de la cuestión prosaica del dinero.» Todos, al leer estas líneas, daremos en el primer momento la razón á su autor y no podemos menos de tachar hasta de ridícula una narración de la vida desprovista de las torturas que consigo llevan esas naturales preocupaciones; pero á poco que se reflexione comprenderemos que la novela para interesar y crear belleza debe salirse de lo común y corriente, de lo que por suceder todos los días no llama la atención, aun cuando sus argumentos sean susceptibles de presenciarse en el teatro social, fondo de la condición realista de que soy partidario en literatura. Si Juan Uceda se ocupase cotidianamente en el problema de sus *posibles*; si el autor le hiciese padecer una enfermedad sin que sirviese de base á algún capital acontecimiento, sólo por servir á las exigencias de la realidad, por grandes que fueran los alardes de estilismo que hiciese, el libro caería de nuestras manos. La literatura tiende de modo directo á deleitar y entretener, y porque lo deleitoso y entretenido, impresionando el ánimo del lector, graba honda huella en él, la obra literaria puede ser maestra de costumbres y en general provechoso haz de enseñanzas; pero no debemos mirar esto

sino como natural secuela de su naturaleza, nunca como fin primordial de la misma.

Alaba que Altamira no adopte «la actitud un tanto anacrónica é inexplicable de algunos de sus compatriotas, los cuales—posiblemente por el solo hecho de ser peninsulares, resabio interesante del atavismo de la época colonial—se creen autorizados para hablar á los americanos en un tono de pedante suficiencia... Dignándose censurarles ó apiadándose de que no discutan ó comprendan sus ideas.» Asentir á esta opinión, es cuerdo, y evitar contarse en el número de los que caen en el defecto notado, laudable. Nada molesta tanto, sobre todo al hijo mayor de edad, que el tono autoritario de los consejos paternos. Ahora que yo, en aras de la unión de los latinos y separándome todo lo posible de aquellos juicios temerarios, creo deber indicar al autor de *Trislexas y esperanzas* un parrafito de su notable obra, allí donde dice: «Había aprendido que en el mundo no basta ser inflexiblemente recto, es menester ser muy

benévolo y perdonar mucho para que mucho se nos perdone.» Y con su apoyo solicitar el perdón de nuestros compatriotas y concederlo nosotros en justa correspondencia á los que, procedentes de aquellas tierras, vienen al viejo continente empeñados en mostrarnos lo que es una verdadera ciudad, lo que es civilización, industria, vida, etc., etc., por si nosotros no lo sabíamos. Ni alabo una tendencia, ni alabo otra, de lo cual se infiere que nadie está aquí habilitado para tirar la primera piedra.

Hace ya tiempo que oía hablar del mérito sobresaliente que atesoran las producciones del escritor que me ocupa y sentía por conocer alguna de las muchas que cuenta en su catálogo, natural curiosidad. No se han defraudado mis esperanzas, y por lo que va dicho comprenderán mis lectores que, aunque de muy pocas páginas, merece leerse y aun meditarse el presente folleto. ¿Por qué no pone más empeño en divulgar su meritoria labor por nuestra península? Cosa es para mí de desear.

ALFREDO SERRANO Y JOVER.

EL P. BLANCO

Allá, en el remoto Perú, donde fué en busca de salud y reposo, ha muerto, joven aún, el insigne autor de la *Historia de la literatura española en el siglo XIX*. Era el sabio y santo sacerdote una de las mayores glorias de la Orden Agustiniiana, en la que había ingresado con verdadero fervor, luego acrecentado, á los quince años.

Vertió su sabiduría en largos años de dirigir *La Ciudad de Dios*, en sus cátedras del Real Colegio de Estudios Superiores de El Escorial, en sus obras literarias, donde se atesora inmenso y provechoso caudal de conocimientos, si grande para cualquiera, enorme para un joven. Su inagotable bondad la derramaba á diario en sus ocultas acciones y en su efusivo trato, del que se exhalaba un intenso perfume de verdadero espíritu evangélico. Era tan bueno, que, como ha dicho uno de sus biógrafos, sin hablar convertía.

La Sociedad Española de Excursiones, tan cordialmente acogida siempre por la Orden Agustiniiana, satisface una triste deuda de gratitud y admiración rindiendo un recuerdo sentidísimo ante la tumba del ilustre P. Blanco.

SECCION OFICIAL

Á NUESTROS CONSOCIOS

Para representar á la Sociedad en el Congreso general de Arquitectos que debe celebrarse en Madrid en el presente año, ha sido nombrado nuestro querido consocio D. Luis María Cabello y Lapidra y á él deben dirigirse todos los que deseen tomar parte en las sesiones de dicha asamblea ó presentar objetos en la Exposición que se celebrará al mismo tiempo.

EXCURSIÓN Á SEVILLA

La Sociedad no estuvo aún desde su fundación en esta hermosa ciudad.

Salida de Madrid: En el tren exprés, á las 20 del día 30 de Enero de 1904.


Llegada á Sevilla: El 31, á las 10.

Permanencia en Sevilla: El 1.º y 2 de Febrero.

Regreso: El 2, á las 19 y 30, para llegar á Madrid el 3, á las 10 de la mañana.

Cuota: Ciento noventa pesetas, en las que van incluídas el billete de primera con recargo, por los coches nuevos, manutención y comida á la ida en el coché restaurant y desayuno á la vuelta en el tren.

Las adhesiones á D. Joaquín de Ciria, plaza del Cordón, 2, segundo, hasta el 30, á las doce del día.



Director del BOLETÍN: *D. Enrique Serrano Fatigati*, Presidente de la Sociedad, Pozas, 17.

Administradores: *Sres. Hauser y Menet*, Ballesta, 30.